

# Divina en lo inestable

Laura Martínez-Lara

Premio Nacional de Novela 2015

Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes



COLECCION  
AGUA FIRME



*Divina en lo inestable*  
© Laura Martínez-Lara  
Primera Edición 2016

ISBN: 978-607-8452-35-4

Lic. Rafael Tovar y de Teresa  
*Secretario de Cultura*

Ing. Egidio Torre Cantú  
*Gobernador Constitucional del Estado de Tamaulipas*

Mtra. Libertad García Cabriales  
*Directora General del  
Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes*

Derechos exclusivos de la presente edición  
reservados para todo el mundo.

Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes (ITCA)  
Calle Francisco I. Madero N° 225, Zona Centro  
Ciudad Victoria, Tamaulipas (C.P. 87000)  
Teléfono ITCA: (01-834) 1534312 Ext. 101  
Teléfonos Dirección de Publicaciones: (01-834) 3181005 al 09

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, viñetas e iconografías, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin consentimiento por escrito del editor.

*A Paulo, por supuesto*

Esta novela fue iniciada durante mi periodo de beca en la Fundación para las Letras Mexicanas. Agradezco profundamente a los escritores Eduardo Langagne, Bernardo Ruiz, Orlando Ortiz, sus valiosos comentarios.

    Mi gratitud infinita a mamá y papá.

¡Mira, pero mira!... Baila allá abajo y hace a los  
ojos merced de lo que pruebas de decir aquí... Hace ver  
el instante... *¡qué de alhajas penetra!... ¡lanza ademanes  
como centelleos!... Hurta a la naturaleza imposibles actitudes,  
bajo los propios ojos del Tiempo... él se deja engañar... y ella  
atraviesa impunemente el absurdo... ¡Divina en lo inestable,  
lo ofrece a las miradas como dádiva!*

Paul Valéry

## Introducción

Cuando sube la marea, Amelia trenza el cabello de su hija a la orilla de la playa, sus dedos delgados parten en gajos tiras de crin que entrelaza con memorias, mientras sus labios chupan un trocito de coco tierno. Cada tarde de jueves ambas caminan hasta el malecón y se sientan a mirar la quietud del horizonte. Sus rizos desorientados vuelan con el aire hacia el oeste, mientras ella peina y contempla el mar. Su cintura, diminuta y desnuda, seduce al par de hombres que la miran desde el malecón. Ella finge no verlos, y se pierde en la textura del cabello, único recuerdo que le queda del padre de su hija.

Amelia y Paloma viven en La Habana vieja, cerca del puerto, en el segundo piso de un edificio desvencijado. De la boca de las ventanas cuelgan varios tendederos de ropa que se mecen con el viento dueño de la isla. Cada noche la construcción cruje y Amelia ofrece un ramo de rosas blancas a la imagen de Yemayá para que cuide de su hija. Se acuesta junto a ella, la abraza y besa su frente. Le canta canciones infantiles en tanto que la nena cae en un sueño profundo.

De un cajón saca un vestido rojo y tacones de aguja. Se maquilla los ojos verdes. Pega con cuidado la tira de pestañas postizas y pinta sus labios de carmín intenso. Se mira en el espejo, sostiene con ambas manos su cabello y se hace un chongo con los dedos. Ella detecta que los años han comenzado a marcarla. Un escalofrío le recorre el cuerpo, el pelo le cae sobre su espalda. Se pone los tacones y sale a la calle para tomar un almendrón.

Se dirige al bar del Neptuno, en la zona hotelera, allí se reúne con frecuencia con otras mujeres de su oficio. En la recepción del hotel se pacta la tarifa de la noche. Este día escasean los clientes, el precio de un encuentro será de 15 CUC. Seductora y tranquila, camina entre los hombres del bar. Hay un extranjero sentado en la barra, que la mira con detenimiento. Ella aprovecha el cruce de miradas y lo atrapa, lo hipnotiza. Se sienta junto a él, cruza las piernas. El vestido le sube por los muslos algunos centímetros. Amelia muerde una aceituna. Intercambian palabras, ríen mientras beben ron. Ella se acerca a su oído y lo invita a conocerla. El joven se estremece; aún indeciso, se aleja para consultar la oferta con un par de amigos suyos que tratan de convencerlo de irse del bar; tras unos cuantos minutos, él no regresa. Sus compañeras, como leonas, acechan a los últimos hombres.

Más tarde, el chofer del taxi que tomó frente al hotel mira su rostro por el retrovisor. Ella aparenta indiferencia, la misma indiferencia que ha tenido que fingir a lo largo de los años; suficiente, piensa. Llega a casa con las manos vacías pero con el consuelo de que esta noche se sentirá limpia para abrazar a su hija.

Sube las escaleras del edificio, quedito, casi deslizándose con cuidado de no despertar a nadie. Abre la puerta y sigilosamente se encierra en el baño. Las zapatillas lastiman sus dedos, se las quita. Así dolían los pies después de los ensayos.

Con un algodón se quita el maquillaje de la cara. La máscara de pestañas ensucia sus mejillas, mientras los caireles enredados se escurren por su frente. El vestido cae al suelo en un movimiento. Lo único que lo sujetaba al cuerpo de Amelia era el cierre.

El edificio cruje una vez más. Amelia tiene miedo de que una noche los muros se derrumben sobre su nena. Paloma aún duerme, la madre se acuesta a su lado e imagina a su hija como primera bailarina del Ballet Nacional. Mira con detenimiento los pies de la niña y con una caricia recorre sus piernas. Llegará a ser solista, piensa. Sabe que este es el último día que mirará su rostro. Hay tanto de ella en Paloma que es mejor marcharse cuando aún no se acumulan muchos recuerdos.

Después de varios meses de ausencia, Amelia habló por teléfono con su madre, se dijeron pocas cosas, sin embargo, pactaron que mañana la niña llegará de la mano de su abuela a su primera clase de ballet.

Cae la madrugada. Amelia se despide de su hija con un beso mientras la nena duerme tranquila. Deja un sobre por debajo de la puerta del departamento de al lado. Sale a la calle y camina hacia el malecón, las olas se alzan y chocan contra las rocas. El mar está picado. Moja sus pies. Tiene miedo.

Mientras anda, se acuerda de la escuela de ballet y del teatro. Recuerda ser Odette y desplazarse en el escenario

flotando en un lago ficticio, imaginando que sus brazos son dos alas blancas, rotando hacia adelante y hacia atrás los codos, sintiendo sus omóplatos. Se mira los brazos e intenta repetir el movimiento que su cuerpo aprendió de memoria hace años. Se convierte en un aye moribunda debajo de la luz de luna. Vuelve a pasar por el corazón las ganas de descubrirse otra y disfrutarse toda, de sentir el destello del reflector chocar contra su rostro y el bochorno que producen los focos del teatro cuando la perseguían por el escenario.

Recuerda el dolor de los músculos cansados después del segundo acto. Se recrea a sí misma suspendida en el aire, buscando el cielo con la fuerza de los dedos del pie, girando sobre dos agujas de satén rosado.

Esta madrugada es distinta a todas las demás. Amelia está agotada y teme contestarse numerosas preguntas que la acechan. El fantasma del padre de Paloma se encuentra al otro lado del mar, silente, extiende su mano para que Amelia se sostenga. Ella mira hacia el horizonte, el resplandor del faro dibuja su silueta, sus brazos se despliegan imitando las aves de Tchaikovsky. Sumerge los pies en la playa, las olas cubren sus muslos y ocultan su cintura; el camisón sube hasta su pecho, parece una medusa. El agua llega hasta su garganta, Amelia da un último suspiro y traga todo el mar.

## PRIMER ACTO

## Paloma Martí

Nació en La Habana, Cuba.

Se graduó de la Escuela Nacional de Ballet de Cuba de La Habana. Fue galardonada con el Premio Anual del Gran Teatro de La Habana en 1991 y ganó el Gran Prix del Concurso Internacional de Jackson, EUA en 1992. A petición de la maestra Tatyana Kurkov, Paloma viaja a la ciudad de Buenos Aires para realizar una audición en la Escuela Americana de Ballet, en donde es aceptada. Al año siguiente toma una clase prueba con el *New York City Ballet* y es contratada en 1994. Su repertorio incluye más de 40 ballets, entre los que destacan: *Agon*, *Apollo*, *Concerto Barocco*, *The four temperaments*, *Mozartiana*, *La Sonnambula*, *Movements for Piano and Orchestra*, *George Balanchine's Nutcracker*, *Romeo and Juliet*, *Serenade*, *Stravinsky Violin Concerto*, *Tchaikovsky Pas de Deux*, *Firebird* y *Jewels...*

*desaparece el primero de diciembre del año 2000.*

Paloma, sentada en el piso del camerino entrelazó las cintas de sus zapatillas. Los warmers cubrieron su frágil paso hacia el escenario. Era la número 15. Apenas escuchó la música de Stravinski, recordó cada detalle de esa tarde: la muñeca de cuerda que su madre le compró en un mercado de pulgas; el pan con timba de la merienda; el aroma a té de menta y el vapor que salió de las tazas endulzadas con dos cucharadas de miel, según la costumbre; las margaritas estampadas en el vestido de su madre y su sonrisa.

Última llamada, número 15 y 16. Cuarta posición. El príncipe Iván penetra en el jardín encantado del brujo Kaschéi, el Inmortal. Minutos más tarde alguien llamaría a la puerta y Amelia sostendría entre sus manos un pedazo de papel con letras mecanografiadas.

Con un número en el escote del leotardo negro, Paloma aparece en el escenario del teatro Colón como el pájaro de fuego. Ella es capturada por el príncipe. Le ruega, le suplica por su libertad aleteando los brazos, las manos. Entre más se asemeje a un pájaro, más fácil será emigrar a la Escuela Americana de Ballet. Suplica frente a tres jueces, “por favor, déjenme ir”. Paloma, con ambas piernas abiertas, queda suspendida en el aire, ella también sabe volar. Mírenla, se ha despegado a más de un metro del piso. Vean cómo extiende sus alas, y presume de sus plumas, gira y sostiene la pierna a noventa grados hasta que su muslo toca el hombro de su compañero.

El príncipe la toma de los brazos, su aleteo es cada vez más débil, ella se rinde ante él y una vez más vuelve a suplicarle: “mira mis alas, están tan cansadas, déjame ir, te lo ruego”. Por debajo del tutú saca una pluma

y se la ofrece a Iván a cambio de su libertad. Él se redime ante ella.

Siete minutos más tarde termina la audición. El príncipe aún no ha salido del jardín encantado. Paloma, agotada, toma una toalla y la pasa por su rostro. Aún faltan cuatro bailarinas más por interpretar, ella espera escondida entre las piernas del escenario. El aire le es insuficiente, siente el peso de una mano hundirse en su estómago. Ésta es su oportunidad y desea conseguir una temporada en la escuela de ballet. Ahí estudió su madre. Se quita las zapatillas, los dedos duelen, nunca dejarán de doler, aunque cada vez se vuelve más soportable. Estira sus piernas y pega su espalda al piso. Se acuesta sobre la duela del salón de ensayos. “Mamá, ¿cómo iba el resto de la historia?”.

Criados, esclavos y figuras grotescas irrumpen en el jardín. El brujo Kaschéi planea convertir a Iván en estatua de piedra. El príncipe se da cuenta e invoca al pájaro de fuego.

Número 15, se va a Nueva York. Con los pies desnudos, Paloma se levanta para volver al escenario, “Mamá, termina el cuento”.

Fue el 30 de abril cuando Amelia recibió el telegrama. Paloma volvió a recordar el cigarrillo consumiéndose entre los dedos de su madre. Abrió las contraventanas de madera y se recargó en la pared, mirando hacia el horizonte.

La memoria comenzó a opacarse con el humo del cigarro esparcido por el departamento. Siguió un grito, o quizá una de las tazas estrellándose contra la pared. Tal vez fueron ambas cosas. Paloma asustada corrió hasta su

recámara y se escondió tras la puerta de madera. Desde esa trinchera podía ver a su madre enfurecer, romper la loza, gritar. Por cada plato roto, la niña se encogía. El cuerpo de Amelia, exhausto se rindió hasta dejarla tirada bajo el marco de la ventana. Y entonces los gritos se redujeron a llanto y después a un pequeño lamento que desapareció en la noche. Paloma no salió de su escondite, ni siquiera para verificar si su madre aún seguía con vida. Se quedó inmóvil. Y dormida se encontraba cuando su mamá la recogió del piso y la acostó en su cama:

—Mami.

Paloma despertó.

—Duerme, linda, que mañana iremos a bailar.

—Mami.

—Duerme, linda, que mañana bailaremos en el mar.

Paloma sonrió y dejó que una vez más el sueño la venciera. El pájaro de fuego le enseña al príncipe una caja de metal donde el mago guarda el gran huevo blanco que contiene sus poderes e inmortalidad. Iván lo rompe contra el suelo y consigue la muerte del brujo.

—Mamá, ¿por qué lloras?

—Lloro porque se murió George Balanchine.

—Mamá, ¿quién es George Balanchine?

*El piso se siente con las plantas de los pies. Las piernas se elevan con los dedos. Ahí es donde reside toda la fuerza, ahí y en el abdomen. La cabeza hace girar el cuerpo. Los brazos sirven para tener control de la velocidad y los glúteos para sostenerse. En el vientre se guarda la energía; en la espalda y en los muslos, la flexibilidad. Rotar los pies desde el omoplato, no desde la rodilla. La energía nace en la tierra y el roce de los dedos la eleva hasta el techo del salón. Respirar en ocho tiempos.*

*El espacio se mide con la luz y el ritmo con el cuerpo. Es necesario apretar los músculos para soltar el alma. El dolor controla el movimiento. Los brazos nos dan la sensación de crecer en el escenario. Se interpreta la música a través del oído del otro, del personaje que encarnamos.*

*Soy otra, por fin.*

Anoche soñé que volvía al Gran Teatro de La Habana. Me encontraba en la entrada, pero no podía acceder porque las puertas estaban cerradas. Entonces, sentí que poseía un poder sobrehumano y atravesé los muros que se alzaban ante mí. El camino estaba lleno de escaleras de mármol, serpenteadas, pero a medida que avanzaba, me di cuenta del cambio que se había operado. La falta de luz poco a poco se había instalado en los espacios haciéndolos ver viejos y melancólicos. Las butacas, que en mi memoria guardaban un tono rojo aterciopelado, como si nadie nunca se hubiera sentado en ellas, ahora se encontraban desteñidas por el uso. Finalmente ahí estaba el escenario, silencioso, esperando a que cuerpos humanos se congregaran en torno a él. El tiempo no había podido desfigurar la perfecta simetría de sus entretelones y muros.

De pronto, me pareció escuchar susurros viniendo por la parte de los camerinos, luces tenues que surgían de entre las sombras; risas y una suave melodía que creí reconocer, me fui acercando, pero el silencio cubrió la sala. No había nadie allí.

Al voltearme, una luz misteriosa iluminó el foro. Volvió a sonar la misma melodía, esta vez el volumen fue en aumento. Era la *Serenata para cuerdas en Do*, Op. 48 de Tchaikovsky. Dieciséis vestidos vaporosos aparecieron en escena, sin cuerpo, pero conforme las crinolinas tomaron un tono azulado comenzaron a aparecer extremidades de tez pétrea. Las manos de las bailarinas cobraron vida, en sus palmas se encendió la luz y poco a poco surgió el movimiento. Bailaban *Serenade*, el primer ensamble compuesto por Georges Balanchine antes de llegar a Estados Unidos en 1933.

Coloqué mis manos en el asiento, la madera estaba porosa y roída. La música de Tchaikovsky se volvió espectral. La juventud de las bailarinas se esfumó para dar paso a cuerpos cadavéricos que se desplazaron con ligereza por el escenario. De repente, una anciana pareció renunciar a la vida para derrumbarse en brazos de la muerte. Seis de sus compañeras acudieron en su ayuda. Ella corrió a los brazos de una mujer; se dejó caer hincada frente a ella. Su semblante era el de una mendiga. La piel de sus brazos le colgó de los huesos.

Pronto noté que había una figura masculina escondida tras el telón. Le reconocí, era Balanchine. “El movimiento sale del sonido...”, eran sus palabras pero no movía los labios. Dicen que una mañana entró al salón de ensayos y se encontró con el sol penetrando por la ventana en el instante en el que los bailarines, al unísono, dibujaban un medio círculo con los pies. La música capturó el momento; los pies de una bailarina se conectaron con los del resto del grupo; lo mismo sucedió con las manos, las piernas danzando. “El movimiento sale del sonido, sus características dependen de las características de las notas”. Balanchine desapareció con el humo de su cigarrillo. Ellas no pararon de bailar.

Sentí que había alguien sentado tras de mí, no era el único espectador. Aplaudió, un hombre aplaudió, lo supe por el golpeteo de sus manos. Di media vuelta, era joven, su rostro se me hizo familiar, o quizá no; tenía los ojos grises. Caminó hacia una de las salidas y yo me quedé con el humo del tabaco de Balanchine metido en la garganta.

Georgi Balanchivadze. 23 de enero 1904, Sn. Petersburgo, 30 abril 1983, Nueva York. Maestro de ballet, bailarín, coreógrafo. Fundador del estilo neoclásico: entre ballet clásico y ballet moderno. Creador del Método Balanchine. Elegido por Serguéi Diáguilev como sucesor para Les Ballets Russes. Primera coreografía *La Noche*, creada en 1920 e inspirada por la partitura de Antón Rubinstein. Al desintegrarse los Ballets Rusos, Balanchine conoce a Lincoln Kirstein. Lincoln lo invita a crear una compañía norteamericana en 1933. Balanchine funda la Escuela Americana de Ballet (SAB). En 1948 nace el New York City Ballet. Algunos de sus ballets más importantes son: *Apollo Musagete*, *El hijo pródigo*, *Serenade*, *Apollo*, *Concerto Barocco*, *Ballet Imperial*, *Agon*, *Jewels*, *Stravinski Violin Concerto* y *Mozartiana*. Muere a causa de la enfermedad de Creutzfeldt-Jakob. Su escuela, su compañía y su nuevo método revolucionan la danza en Norteamérica y gran parte del mundo.

**Recordó la tarde que la conoció.** La vio caminar por la calle con la misma soltura con la que después la miraría bailar, controlando cada parte de su cuerpo, como si dentro de la inmovilidad ella fuera la única capaz de desplazarse. El aire levantaba sus cabellos, largos y negros; estos se elevaron por arriba de sus hombros y cayeron hasta chocar contra su espalda baja. A su paso dejó el rastro de perfume a champú de hotel. Ella parecía no mirar los rostros de la gente, pero sí disfrutar, jugar largo rato con la imagen de los edificios reflejada en sus zapatos de charol.

Lo rebasó en la calle de Viamonte y Andrés la siguió hasta que Paloma entró al Teatro Colón. Frente al escenario se quedó absorta.

**Lo conoció en sus vacaciones de verano.** Ese día llevaba unas zapatillas rojas que su madre compró en Montecarlo. Era una tarde fría, airosa. Salió del hotel en la Recoleta a las 6 pm. Distráida, medía el tiempo contando las calles, un minuto por cuadra, hacía veinte que se había perdido camino al teatro. El esmalte de sus uñas no había secado del todo, pero tanto sus manos como sus zapatos hicieron evidente su fascinación por el color rojo. Rojo como sus labios, uñas y zapatos; rojo como las cerezas de un pastel de cumpleaños.

Quiso aprovechar la hora del tour y mirar por última vez la sala del teatro Colón. Hacía años que había audicionado para la Escuela Americana de Ballet. Entonces, cuando se detuvo debajo de la cúpula y tuvo de frente el escenario, dio media vuelta y ahí estaba él, ¿será que de sus ojos salió el hilo de Ariadna?

«Señaló con el dedo índice la cúpula del teatro», Paloma creyó reconocerlo.

«Su espalda plana era la de una bailarina, si se quedaba quieta podía verle el trazo de los músculos alrededor del omoplato», Andrés la miró detenidamente.

«Huele a agua mineral con una hoja de hierbabuena y gotas de limón», Paloma trató de identificar el aroma del desconocido.

«Pinceladas de rojo por su cuerpo, en sus labios, uñas y zapatos».

«Me llaman la atención sus manos, tiene heridas de navaja surcándole los dedos», piensa ella.

«De sus labios sale una sonrisa transparente», se sintió cómodo.

«Sus ojos brillan », no pudo apartar la vista de Andrés.

«Piernas largas, demasiado delgadas, pareciera que al caminar va a romperse», se dice así mismo.

«Tendrá unos 26, 27 años...», Paloma trata de calcularle la edad.

«Aún es muy joven, se le nota en la mirada, quizá unos 22 años, 23 por mucho».

«Es alto, me gusta porque es alto y yo podría ponerme de puntitas y besarlo».

«Las pecas de sus hombros parecen café espolvoreado en una taza de leche», Andrés la observa.

«Se le hacen caireles cortos para enredar con los dedos», Paloma lo examina con curiosidad.

«Tiene las tetas de una niña».

«Su cara me es familiar».

«Ha de venir de visita, nunca me he topado con ella por la calle».

«Se pone tan cerquita de mi rostro que huelo su piel mientras habla».

«Cabello negro, tez pálida, labios rojos».

«Ojos grises, como el hombre que soñé la otra noche».

«Es cubana, lo noto en su acento».

«Color caramelo y cabello rizado», se le hizo un hombre apuesto.

«Tiene los brazos largos», le pareció muy atractiva.

«Sus pestañas están tupidas y negras», Paloma le sostuvo la mirada.

«En su cuerpo se le nota que es primera bailarina».

«Se arremanga la camisa para explicar cada detalle del escenario».

«Me importa lo que dice».

«Me pregunta si he venido a ver alguna función al teatro».

«Bailó el pájaro del fuego».

«Es artista plástico».

«Sabía que era bailarina».

«Dice que pinta, ¿qué pintará?».

«Quiero verla en escena».

«Me agrada su nombre: Andrés».

«Paloma, como Paloma Herrera».

«Me pone nerviosa».

«Estará siete días en la ciudad».

«Me encanta».

## DESPIERTA

*Es un espejismo, Paloma. Nadie te ha querido lo suficiente  
como para quedarse, ni tu madre.*

*A los hombres no les gustan las muñecas.*

A mi madre le gustaban los rituales, cuando se encontraba sana, los hacía cada último viernes del mes. Estas ceremonias servían para la abundancia y la prosperidad, el amor, la ascensión de los ancestros al más allá, la salud, etc.

Invitaba a todas las personas del edificio a nuestro departamento y preparaba altares con hierbas, velas, tabaco y ron. La gente solía llegar con ramos de flores y la esperanza de que sus necesidades fueras resueltas, llevaban a sus hijos o ancianos enfermos y mi madre los limpiaba con ruda mientras emitía alguna oración.

Mamá tenía fama de bruja y cuando murió, la gente comenzó a contar sus milagros. Al parecer, gracias a ella más de cinco se salvaron de la muerte. Algunas muchachitas solteras se casaron, varios hombres regresaron con sus familias y muchos otros encontraron trabajo. Los vecinos se sentían seguros de tenerla a la mano para cada asunto de emergencia. Por eso la respetaban, yo creo que todos ellos sabían de algún modo el oficio nocturno que ella ejerció por mucho tiempo y no les importó. El día que se encontró su cuerpo, las escaleras y los balcones de todo el inmueble se cubrieron con azucenas durante nueve días.

Yo no creo en los rituales, ni en la santería, pero en ocasiones veo a mamá. Estoy segura que es ella porque también la huelo, tiene ese ligero aroma dulzón de sudor con canela. Me mira con sus ojos grandes. Sé que ha venido por mí, pero ella no es real. A veces está vestida como una de las willies de Giselle, otras lleva su vestido rojo de trabajo. Los coreógrafos no la pueden ver, ni mis compañeros, pero su sombra siempre se encuentra

en la esquina derecha del salón de ensayos. Yo creo ver fantasmas y escuchar voces, últimamente se ha metido a mi cabeza la voz de un niño pequeño y los maullidos de un gato.

Temo mucho por mi mente, por cada uno de mis pensamientos. Me angustia recordar a mi madre y verme en ella, en momentos catatónica, otras hablándole a una figura que no estaba allí. Por años sufrió existiendo en una cabeza que no le funcionaba. Mami, pienso que ni su alma se salvó, qué sería de ella peregrinando como una sombra por la calle, buscando eternamente a su Dimitri. Lo amaba más que a mí.

Me gusta estar de viaje porque sólo así me ausento de los espectros y de ella. De viaje puedo broncearme y escuchar otros sonidos.

La compañía está construida tal como lo quiso Balanchine y no penetra ni un rayo de sol. Es un laberinto sin ventanas, pero con luz. No hay distracción posible para la vista o el cuerpo. Llevamos el movimiento al límite, los músculos al límite, la vida al límite. Se necesita demasiada pasión para no dejarse vencer por el encierro. Allá adentro es fácil meterse en los personajes y exprimirlos, destrozarse los pies por el papel de solista. Afuera no somos los mismos que en el foro, pero siempre extraño la luz del día.

Hace una semana fui de visita al Teatro Colón, ahí audicioné muchos años atrás para la Escuela Americana de Ballet. Fui el pájaro de fuego. Me gustan los teatros, mucho, es el único lugar donde te dan permiso de enloquecer. No es que me agrada la idea de volverme loca, la aborrezco, también me atormenta. Ahora bien, el Teatro

Colón es mágico, tan solo el roce de luz de un reflector es suficiente para volverse un ave. Volar, ahí fue donde conocí a Andrés, en ese foro.

Debo de escribir sobre Andrés, es imperativo. Él es lo contrario a la danza, es estático. Lo miro muy cómodo con su vida y estoy segura que a su corta edad la tiene resuelta. El día que lo conocí, me topó por la calle y me siguió hasta el teatro. Cuando tuve el escenario de frente, se colocó atrás de mí y luego, al dar media vuelta se me metió a los ojos.

Mi madre hacía rituales para atraer el amor, el departamento se llenaba de jóvenes desesperadas por encontrar pareja. A todas les repartía una vela roja y pétalos de flores blancas. Las mujeres untaban la vela con melado de caña y escribían en una hoja las características de su hombre ideal. Luego prendían la candela y ofrecían una ofrenda a Oshun, la deidad que representa a la virgen de la Caridad del Cobre. Oshun despertaba en ellas su sensualidad para cazar a una presa adecuada. Mamá llamaba a los espíritus y en menos de un año la mayoría de las asistentes estaban comprometidas.

A mí me gustaba mirar los rituales, en especial el dedicado al amor. Había visto tantas veces la ceremonia que estaba convencida de que algún día atraería al hombre indicado.

Después de la muerte de mi madre dejé de creer en la magia, aunque estoy segura que el destino es el que me tiene maldita. Ahora sé que todos los espíritus que ella escuchaba provenían de su cabeza, tal como yo oigo la voz del niño y el maullido del gato.

Salí con Andrés. De ahí pierdo la pista porque no recuerdo mucho lo que sucedió: hablamos, paseamos y el tiempo se hizo tan flexible como una liga.

La gente suele recordar los buenos momentos que rodean cualquier relación. Yo los pierdo en la memoria, tal vez para no generar apego. Como sea, Andrés se quedó no sólo una noche, sino más de siete.

## Ballet: *La Sonnambula*

El 8 de julio de 1983 llegó a mi casa una publicación del New York Times, escrita por Anna Kisselgoff, reseñando *La Sonnambula* de Balanchine. Yo era una niña pero mi madre me la leyó más de una vez. Decía:

El American Ballet Theater ha presentado la producción de George Balanchine, *La Sonnambula*, una novela gótica llena de acción. El resultado del estreno en la temporada nocturna del miércoles en el Metropolitan Opera House fue el de un espectáculo escalofriante y conmovedor. Cada miembro del elenco dirigido por Chrysa Keramidas, Victor Barbee y Susan Jaffe pareció percibir la intensidad dramática por debajo de la superficie de la obra.

*La Sonnambula*, es una de las pocas obras dramáticas del señor Balanchine. Es una historia de fantasmas derivada de cuentos de sonámbulos del siglo XIX, pareciera demasiado romántica para su gusto. Sin embargo, se mueve a lo largo de todo menos literalmente. Porque, aunque el ballet tiene una historia, esta oscila dentro de un plano alegórico. Un barón se encuentra en un baile. Un poeta entra, coquetea con la amante del barón, pero se introduce en un encuentro fatal con la sonámbula, la esposa del barón.

En ese entonces yo no sabía el significado de sonámbula, la palabra que daba vueltas en mi cabeza una y otra vez por parecerme fantasmagórica. Mi madre me ayudó

a descifrar la interrogante y yo no vi el ballet hasta muchos años después.

Andrés es sonámbulo. Esa es una de las cosas que me atrajo de él. Hay madrugadas en las que se levanta para descolgar los cuadros de su departamento. No puede cargar los que son muy pesados, pero sí lo hace con los pequeños. Descuelga los cuadros, los voltea y los deja en el piso. Luego vuelve a la cama. Yo sé que cuando está en ese estado no puedo despertarlo, pero lo miro quietamente y lo acompaño en silencio. Por las mañanas le pregunto por los cuadros y él no sabe qué responder. No recuerda sus sueños.

Pienso en las cosas que me llamaron la atención de Andrés. No puedo manejarlo con certezas pero creo que fueron sus manos, ásperas y frías, tal vez su olor a cítricos o quizá sólo la forma en la que nos comunicamos, como si tuviéramos muchos años de conocernos. Qué pudo atraerle de mí, soy bailarina, supongo que eso le atrajo, supongo que muchos hombres piensan lo flexible que son las bailarinas en la cama.

Con Andrés soy otra que me gusta más que la Paloma original. Aún no sabe la angustia que me produce ver a mi madre o escuchar el maullido del gato y la voz del niño pequeño. Hace unos meses que comencé a percibirlos y desde ese entonces he perdido los límites de la realidad, por suerte nadie lo sabe.

Andrés, en su sonambulismo, es pintor. Incluso ha ganado fama en Buenos Aires. Se le meten ideas extrañas que después tiene que exorcizar en el lienzo. No es consciente de lo que le viene a la cabeza, como yo tampoco

soy consciente de lo que bailo. La pintura y la danza se llevan en el cuerpo y el cuerpo es un autómeta.

Hace un par de días, Andrés inauguró una exposición de grabado. Durante la entrevista, comenzó a revelar ciertas posturas como poses pseudo intelectuales que lo hicieron parecer más creativo de lo que realmente es. Me di cuenta de que pertenece a la típica esfera de amigos que hablan bien los unos de los otros. Y, aunque por momentos pareció pedante, Andrés volcó toda su energía en reconocerse a través de sus grabados.

Otra cosa que ha llamado mi atención acerca de este hombre es que está obsesionado con el destino. Le encanta que le adivinen el futuro y para él cada casualidad, por muy absurda que parezca, es un presagio.

En la ventana de su recámara cuelga un atrapa sueños, es de color azul, un indígena de una tribu americana lo diseñó especialmente para él. No sé con exactitud cuál es su religión pero todas las mañanas se levanta a meditar a un rincón de su casa donde hay pequeñas figuras con deidades hindúes. Prende un incienso y medita media hora sentado con la espalda recta y las piernas cruzadas, imperturbable.

Por las tardes da clases en la escuela de artes de la UBA, aunque no muestra ninguna pasión por la enseñanza. Sin embargo, y a pesar de todas sus contradicciones, Andrés es francamente todo aquello que yo no soy. Vive con seguro de vida, cree ciegamente en algo, hasta en las galletitas de la suerte del restaurante chino y tiene la confianza para inaugurar una mala exposición en uno de las mejores galerías de Buenos Aires. A veces pienso que su mente es capaz de controlar a todo su público.

Andrés es encantador, un honesto hombre encantador. Él, a diferencia de Vaslav, es un macho alfa que seduce con la humildad y el intelecto. Su arte reside en parecer un hombre sencillo, fino y sencillo.

Andrés afirma importarle todo lo que sale de mi boca, dice que soy una mujer muy inteligente y sofisticada. Mi madre era sofisticada y lo fue hasta en su locura. A mí me gusta sentir que me admira.

## ¿Qué es el ballet?

Arnold L. Haskell en su libro: *¿Qué es el ballet?*, propone una definición interesante: “El ballet es una combinación de las artes de la danza, la poesía, la música y la pintura”. Y durante los puntos que desarrolla en el texto pone sobre la mesa el papel del bailarín, el coreógrafo, los compositores, libretistas y diseñadores.

En cuanto al papel del bailarín, dice que es a la vez el instrumento musical, y el ejecutante del mismo, poniendo como ejemplo a la inolvidable Vera Trefilova, llamada por André Levinson, *El estradivarius danzante*.

Haskell afirma que: *entre las bailarinas existen diferentes tipos. En primer lugar, las excepcionales bailarinas clásicas, entre las cuales se escogen a las ballerinas, que interpretan papeles etéricos y tiene que poseer elementos físicos ideales. La llamada bailarina de carácter, que interpreta personajes de estilo campesino, requiere un tipo más robusto. La bailarina de demi-caractère, equivalente a la mezzo-soprano, representa el tipo intermedio entre las dos; es una “hacelotodo” que, como si la batuta fuese una varita mágica, puede transformarse en una misma noche, de aldeana española en cisne encantado. Algunas bailarinas pueden sobresalir en los papeles de carácter, pero lo contrario no sucede jamás. La ballerina es irremplazable.*

Paloma había nacido para ser un estradivarius danzante. Además de las excepcionales características físicas, llevaba el ritmo en el cuerpo; aprendía las coreografías con el oído: las entradas, las salidas, los giros y cada paso siguiendo las notas. Tenía la capacidad de revivir los personajes que le tocaba interpretar como si fueran

parte de un juego. Y el escenario la volvía poderosa. Ahí era donde tomaba control de su propia belleza. En sus horas de pájaro, como ella llamaba al tiempo en el que bailaba en el teatro, Paloma se convertía en la mujer más amada del Lincoln Center. Y lo sabía.

*A veces escucho el maullido de un gato, tengo la idea de que el gato es rojizo.* Andrés miró por primera vez a Paloma bailar Romeo y Julieta en un video. Esas horas frente a la pantalla lo terminaron de enamorar. *Andrés es la única persona con la que quieres estar, me dijo el gato. Hablaba, pronunciaba palabras como si fuera un humano.* Paloma se escurrió en los brazos de Romeo, tal como si estuviera enamorada de él. *Miras el reloj y ya no puedes esperar para verlo. Ese maldito gato.* Y subió las escaleras del escenario corriendo, con el vestido vaporoso enredado en las piernas. *Quieres pegártele al cuerpo todo el día, respirarlo y tocarlo.* Julieta se desmoronó en el balcón, los besos de Romeo no fueron suficientes. *Te morirás sin él.* Andrés miró el cuerpo huesudo de Paloma, sus piernas largas, sus brazos ligeros. Ella se despidió de Romeo con un beso. El gato le dice que debe huir, la obsesión es una enfermedad mental. *También escucharte es una enfermedad, se llama esquizofrenia.* Andrés continuó mirando el ballet, la belleza de Paloma lo erizó. ¿Se enamoró de Paloma o de Julieta? No tenía idea de quién era Paloma. *¿Te acuerdas del día que perdiste el papel de Giselle? Lo interpretaste tres años seguidos hasta que alguien más te ganó en la audición. Enloqueciste.* Paloma siente perder el control, lleva mucho tiempo viendo el reloj: *Faltan tres horas para verlo, falta una hora con veinte minutos para verlo, falta media hora para verlo, faltan quince minutos y ese labial*

*no va con el tono de tu piel. Faltan cinco minutos. Quiero ir al baño, cada vez que voy a entrar a escena quiero ir al baño. Te estás perdiendo. Cállate, condenado gato.*

Paloma toma el ascensor, son once pisos para llegar al lobby del hotel. *Respira. Por fin estaré con él. Lo perderás.* El gato sí es rojizo, ahora puede verlo. *Estás loca.*

Hace casi una semana que Paloma no ha bailado. El Stradivarius podrá arruinarse en cualquier momento. Andrés espera a Julieta sentado en la sala del lobby.

La firma Valentino Garavani cumple medio siglo y lo celebrará diseñando para el New York City Ballet. Salí siete días con Andrés, tiempo suficiente para olvidarme de Vaslav, de las giras y de la maldita frase “*the show must go on*”, que después él adaptó por “*seguir en movimiento*”.

Andrés vive en un penthouse que transformó en estudio. Parte del techo es de cristal. Algunos muros han sido cubiertos con su obra, otros con librerías. Él me enseñó a hacer mis primeros trazos al carbón. En septiembre del otro año se presentará *Eugene Onegin* de Tchaikovsky y la próxima semana volveré a Nueva York para firmar la temporada de invierno.

En uno de los artículos que hablan sobre la colaboración del diseñador con el NYCB, dice que lo primero que impacta en el espectador es la escenografía y el vestuario. Valentino ya ha diseñado piezas para el ballet de Viena. Recuerdo la primera vez que fui al teatro con mi madre. Años más tarde asistí a mi primera clase de danza pensando que iba a una escuela de princesas y que, al graduarme, me darían uno de esos vestidos vaporosos que mamá llamaba *tuttú*.

Los trajes que diseñará Valentino no sólo serán para *Eugene Onegin*, sino para dos piezas d'óccassion que fueron creadas para el American Music festival: *Not My Girl* con música del maravilloso Fred Astaire y *Sophisticated Lady* de Duke Ellington.

Antes me ilusionaba la idea de probarme un vestuario por primera vez. Era la presentación oficial con el personaje que me tocaría encarnar. Ahora no estoy segura de querer volver a ser alguien diferente a la mujer que duerme junto a Andrés en Buenos Aires.

Valentino acaba de llegar a Nueva York y pronto comenzará a trabajar en los diseños de vestuario. Las bailarinas hablarán sobre pasarela, tul, marcas de diseñador y Sarah Jessica Parker, una de las tres anfitrionas de la gala. Yo no dejo de pensar en los colores que usa Andrés en sus pinturas y su forma particular de jugar con los trazos y la imagen: desentraña todo aquello que rodea el halo de las personas. Me percato que la compañía huele a esfuerzo. Él huele a tierra.

Dicen que los diseñadores han encontrado como refugio el ballet. Hace poco la firma Rodare creó una pieza para Benjamin Millepied. El mejor lugar donde puede lucirse una prenda es el escenario.

Los días que he pasado en Buenos Aires han sido diferentes a todo aquello que alguna vez conocí. Siento miedo de la familiaridad con la que se maneja Andrés. Reconozco cada uno de sus gestos, al despertarse en la mañana, al prender un cigarrillo. Mamá, lo encontré. ¿Y si me vuelvo loca?

Muchas veces llegué a pensar que la única forma de seguir en contacto con mi madre era bailando. Quería rescatar su imagen para recordarla como la primera

bailarina de la compañía más importante de su época. Mamá, yo no quiero ser como tú. Y me acuerdo de Giselle, Julieta, La Sífide, Nikiya, Odette... Bailé demasiado tiempo para ella. La voz del niño se ha ido, pero tuve que matar al gato, lo tiré del onceavo piso.

NYCB representará *Rubies*, de George Balanchine, como un tributo a la segunda firma del diseñador Valentino Red. La escenografía estará a cargo de Peter Harvey y la iluminación de Mark Stanley. Los anfitriones de la gala serán Pamela J. Joyner, Sarah Jessica Parker, María Bartiromo y Giancarlo Giammetti, socio del diseñador.

Crear el vestuario para una pieza significa crear un microcosmos que se rige bajo las reglas del color y la textura, una serie de pinturas en una galería. Cada postura del personaje es un cuadro y por eso el ballet debe ser perfecto. Una imagen es la secuencia de la imagen anterior; el diseñador se encarga de darle luz al movimiento. El bailarín transmite una sensación al espectador.

Me enamoré de la forma en la que Andrés traza la vida pero Valentino diseñará mi vestuario para la próxima temporada.

Respira. Se decía muchas veces a sí misma cuando se sorprendía frente al retrete vomitando bilis. En la boca es amarga; en el agua, amarilla. Salió del baño. Andrés aún dormía.

Quédate.

Quiso regresar a la cama, pegársele al cuerpo, pero no tuvo el valor. En unas horas regresaría a Nueva York y el peso de la culpa le golpearía de frente. Vaslav.

Quédate.

No hubo respuesta. De vez en cuando Andrés daba media vuelta o emitía algún sonido por la nariz.

Pídelo.

Él siguió durmiendo.

Paloma recogió cada una de sus pertenencias, aunque en realidad no eran muchas: la ropa interior, los aretes de fantasía, un par de maletas.

Quédate.

Por poco olvidaba el labial que había dejado en el tocador. El lado izquierdo de la cama le pertenecía a Andrés. Nunca olvides el cepillo de dientes.

Él fumaba de noche. Paloma se ahogaba con el humo del cigarro.

Ensaya de madrugada antes de una función.

Dibuja en las servilletas del comedor.

Es incapaz de fijarse al atravesar la calle.

Es incapaz de lavar un trasto.

Se distrae cuando cocina.

Se distrae cuando le hablo.

Canta en la ducha.

Ronca.

¿Por qué aprietas la pasta de dientes a la mitad?  
Andrés dejaba la tapa abierta y se secaba el dentífrico.  
Insoportable.

Quédate.

Se me olvida pedirte que te quedes.

No me puedo quedar, es hora de  
regresar con Vaslav.

¿Acaso no te doy lo que necesitas?

Tal vez.

Entonces hay una cosa que debes saber.

¿Qué?

Quédate.

No me has pedido que me quede. Pero si me lo pidieras,  
tú y yo podríamos...

Andrés.

Él no me deja respirar. Tú sí.

¿Despertarlo para despedirse? Mejor no. Se iría sin avi-  
sar, así no albergaría ninguna esperanza. Quiso besarlo  
una vez más.

Quédate.

Si lo besas ya no irás a ningún lado. Andrés no despertó.

Alguna vez puso el nombre de Vaslav en un vaso con agua y lo metió al congelador para apartarlo de su vida. No funcionó. De creer en esas cosas, haría lo opuesto con Andrés. No debes endulzar, decía su madre. Es que no soporto perderlo. Por primera vez entendió lo mucho que Amelia amó a Dimitri. No actúes en contra de la voluntad de nadie. Y Paloma regresó a Nueva York.

Hoy nieva en Nueva York y las ampollas explotan al sumergirlas en el agua caliente. Vaslav se topó por primera vez con sus pies y miró la limpieza de su colocación.

Mi compañera se ha dormido, no tendré que encerrarme en el baño mientras callo el ardor de los dedos. El día que la vio se le metió por los ojos, conforme avanzaba la clase, más quería saber de ella: ligera, brazos delgados, piernas largas, excelente rotación. En estos momentos puedo reencontrarme contigo. Antes de llegar a la mitad de los ejercicios de barra, toda curiosidad se había volcado sobre Paloma. Te dejé en el departamento y no te vi más, de eso ya tiene dos meses. Dos meses de gira. Su técnica condensaba la belleza. ¿De dónde venía? ¿Cuál era su nombre? Te escribo en servilletas del comedor, cuando desayuno una taza de cereal y un té. Hambrienta, recuerdo el London café. Hasta ese entonces nadie había llamado su atención.

Un cigarro antes del ensayo, dos más durante, uno casi al final y la tierra de Malboro atrás del Lincoln Center. Siempre logró lo que se propuso: ganó dos medallas olímpicas en gimnasia varonil con aparatos, salió de Rusia con un contrato exclusivo del *New York City Ballet*; a los seis meses de llegar a Estados Unidos, ya era primer bailarín.

Llevo días cuestionando mi retorno: *point, flex, demi plie, en dehors...* Nunca es suficiente. Tenía un espíritu dominante, enérgico, que se parecía mucho al de un capitán de fútbol. Y, además, llamaba la atención de sus compañeras.

Hoy nieva en Nueva York y las ampollas explotan al sumergirlas en el agua caliente. Vaslav se topó por primera vez con sus pies y miró la limpieza de su colocación.

~~Mi compañera se ha dormido, no tendré que encerrarme en el baño mientras callo el ardor de los dedos. El día que la vio se le metió por los ojos, conforme avanzaba la clase, más quería saber de ella: ligera, brazos delgados, piernas largas, excelente rotación. En estos momentos puedo reencontrarme contigo. Antes de llegar a la mitad de los ejercicios de barra, toda curiosidad se había volcado sobre Paloma. Te dejé en el departamento y no te vi más, de eso ya tiene dos meses. Dos meses de gira. Su técnica condensaba la belleza: ¿De dónde venía? ¿Cuál era su nombre? Te escribo en servilletas del comedor, cuando desayuno una taza de cereal y un té. Hambrienta, recuerdo el London café. Hasta ese entonces nadie había llamado su atención.~~

~~Un cigarro antes del ensayo, dos más durante, uno casi al final y la tierra de Malboro atrás del Lincoln Center. Siempre logró lo que se propuso: ganó dos medallas olímpicas en gimnasia varonil con aparatos, salió de Rusia con un contrato exclusivo del *New York City Ballet*; a los seis meses de llegar a Estados Unidos, ya era primer bailarín.~~

~~Llevo días cuestionando mi retorno: *point, flex, demi plie, en dehors...* Nunca es suficiente. Tenía un espíritu dominante, enérgico, que se parecía mucho al de un capitán de fútbol. Y, además, llamaba la atención de sus compañeras.~~

¿Es primavera en Buenos Aires? La tragedia ha pasado una vez más por mi cuerpo, por el tuyo, por el de ambos. Miro mi esqueleto desnudo en el espejo de la recámara, me resulta grotesco. A mis 22 estoy vieja y enferma.

~~La siguió a todos lados, aunque Paloma, distraída, no lograba ver que a su alrededor se encontraba Vaslav. Y, cuanto más pasaban los días, él más desesperaba. Casi he olvidado tu rostro que busco entre los oscuros de cada función. Una noche más de estreno que no llegas. Fue una tarde de viernes cuando al salir del teatro una tormenta cayó en la ciudad. Paloma, con ganas de llegar a su casa, decidió avanzar entre la lluvia hasta la estación del metro más cercano. Vaslav se dio cuenta y fue tras ella. Me escondo entre las sábanas del hotel, no hay lugar más seguro. Hace frío y siento los años en mis articulaciones. La joven, cubierta con un abrigo de color gris oscuro, caminó sin problema sobre la acera mojada. Le encantaba la lluvia, el frío, ese clima que no tendría en su país. Le gustaba mojarse, recordarse lo vulnerable que era, sentir en los músculos esos rezagos del tiempo, de esguinces, torceduras, ligamentos no sanados.~~

A veces imagino que tú me cuidarías, pero llega el día siguiente y el teatro vuelve a seducirme. Ahora las grandes bailarinas se han hecho mayores. Aún no llega la hora de dejar de bailar. Pienso en ti, todo el tiempo: Brincar en los charcos, sentir tanto frío como fuera posible en la nariz y mirar la ciudad desvelada, las miles de luces desprendidas de cada edificio, esas calles anchas llenas de espectaculares que le rogaban comprar alguna marca de pasta de dientes o hamburguesas, de televisores o autos. Le gustaba estar

~~¿Es primavera en Buenos Aires? La tragedia ha pasado una vez más por mi cuerpo, por el tuyo, por el de ambos. Miro mi esqueleto desnudo en el espejo de la recámara, me resulta grotesco. A mis 22 estoy vieja y enferma.~~

La siguió a todos lados, aunque Paloma, distraída, no lograba ver que a su alrededor se encontraba Vaslav. Y, cuanto más pasaban los días, él más desesperaba. ~~Casi he olvidado tu rostro que busco entre los oscuros de cada función. Una noche más de estreno que no llegas.~~ Fue una tarde de viernes cuando al salir del teatro una tormenta cayó en la ciudad. Paloma, con ganas de llegar a su casa, decidió avanzar entre la lluvia hasta la estación del metro más cercano. Vaslav se dio cuenta y fue tras ella. ~~Me escondo entre las sábanas del hotel, no hay lugar más seguro. Hace frío y siento los años en mis articulaciones.~~ La joven, cubierta con un abrigo de color gris oscuro, caminó sin problema sobre la acera mojada. Le encantaba la lluvia, el frío, ese clima que no tendría en su país. Le gustaba mojarse, recordarse lo vulnerable que era, sentir en los músculos esos rezagos del tiempo, de esguinces, torceduras, ligamentos no sanados.

~~A veces imagino que tú me cuidarías, pero llega el día siguiente y el teatro vuelve a seducirme. Ahora las grandes bailarinas se han hecho mayores. Aún no llega la hora de dejar de bailar. Pienso en ti, todo el tiempo. Brincar en los charcos, sentir tanto frío como fuera posible en la nariz y mirar la ciudad desvelada, las miles de luces desprendidas de cada edificio, esas calles anchas llenas de espectaculares que le rogaban comprar alguna marca de pasta de dientes o hamburguesas, de televisores o autos. Le gustaba estar~~

~~ahí, le gustaba vivir ahí y saber que todo lo que alguna vez soñó se cristalizaba en el ruido de la calle. Mañana el aeropuerto y con náuseas subiré de nuevo al avión, no habrá nadie de quien despedirse, nadie a quien besar por última vez. He coleccionado servilletas con palabras sin sentido. Te las hubiera mandado en un correo electrónico pero no sé tu dirección. Ni la tuya, ni la de nadie.~~

~~En medio de la isla de Manhattan, Central Park, un parque gigantesco que cada primavera, verano, otoño, invierno le daba nueva perspectiva a su andar. Tenía pocas ganas de compartir ese silencio suyo que la había acompañado hasta Nueva York. Por fin era libre, tan libre que no le quedaron ganas de volar, y sin embargo no era feliz y no lo era porque no le faltaba serlo, no necesitaba tener una sensación en el cuerpo tan pasajera como la felicidad. No quería serlo, solo quería ser, moverse en la inercia, disfrutar de las luces y el ruido, y los taxis y los enormes rascacielos que la cobijaban de la lluvia.~~

Alguien toca a la puerta, me cubro con una bata de baño y salgo a asomarme. Tal vez has venido por mí, hasta acá, hasta el fin del mundo. Pero no eres tú, es Vaslav, otra vez Vaslav con su insomnio que no me deja tranquila. Viene porque me extraña, como cada noche.

~~Ese fue el día que Vaslav la encontró tratando de cruzar la calle y la resguardó del agua con un paraguas negro. Paloma, frustrada e invadida, se sintió forzada a dejarse acompañar hasta la estación del metro, mientras él platicó de sí mismo, mientras ella aparentó escucharlo.~~

Vaslav se acuesta en mi cama, se relaja y me soba los pies, cuenta las raspaduras que me han hecho las zapatillas

ahí, le gustaba vivir ahí y saber que todo lo que alguna vez soñó se cristalizaba en el ruido de la calle. ~~Mañana el aeropuerto y con nauseas subiré de nuevo al avión, no habrá nadie de quien despedirse, nadie a quien besar por última vez. He coleccionado servilletas con palabras sin sentido. Te las hubiera mandado en un correo electrónico pero no sé tu dirección. Ni la tuya, ni la de nadie.~~

En medio de la isla de Manhattan, Central Park, un parque gigantesco que cada primavera, verano, otoño, invierno le daba nueva perspectiva a su andar. Tenía pocas ganas de compartir ese silencio suyo que la había acompañado hasta Nueva York. Por fin era libre, tan libre que no le quedaron ganas de volar, y sin embargo no era feliz y no lo era porque no le faltaba serlo, no necesitaba tener una sensación en el cuerpo tan pasajera como la felicidad. No quería serlo, solo quería ser, moverse en la inercia, disfrutar de las luces y el ruido, y los taxis y los enormes rascacielos que la cobijaban de la lluvia.

~~Alguien toca a la puerta, me cubro con una bata de baño y salgo a asomarme. Tal vez has venido por mí, hasta acá, hasta el fin del mundo. Pero no eres tú, es Vaslav, otra vez Vaslav con su insomnio que no me deja tranquila. Viene porque me extraña, como cada noche.~~

Ese fue el día que Vaslav la encontró tratando de cruzar la calle y la resguardó del agua con un paraguas negro. Paloma, frustrada e invadida, se sintió forzada a dejarse acompañar hasta la estación del metro, mientras él platicó de sí mismo, mientras ella aparentó escucharlo.

~~Vaslav se acuesta en mi cama, se relaja y me soba los pies, cuenta las raspaduras que me han hecho las zapatillas~~

y me canta siempre la misma canción en ruso. Vaslav no sabe vivir sin mí, así como yo no sé vivir sin ti.

Me da lástima ver sus ojos alborotados cada vez que me acaricia. Tengo tantas ganas de que me agarres las piernas como él lo hace y me beses los muslos. Imagino que tú eres él. Apago la luz. Me dejo de ti.

Mi compañera despierta con el ruido de tu respiración, se da media vuelta y pretende no escucharnos. Vaslav se ha marchado.

La noche ha sido larga. Vuelvo a arroparme, a sumergirme en la tranquilidad de la cama y pienso en el día que te vi, en el Teatro Colón, cuando pasé mis vacaciones en Buenos Aires.

~~y me canta siempre la misma canción en ruso. Vaslav no sabe vivir sin mí, así como yo no sé vivir sin ti.~~

~~Me da lástima ver sus ojos alborotados cada vez que me acaricia. Tengo tantas ganas de que me agarres las piernas como él lo hace y me beses los muslos. Imagino que tú eres él. Apago la luz. Me dejo de ti.~~

~~Mi compañera despierta con el ruido de tu respiración, se da media vuelta y pretende no escucharnos. Vaslav se ha marchado.~~

~~La noche ha sido larga. Vuelvo a arrojarme, a sumergirme en la tranquilidad de la cama y pienso en el día que te vi, en el Teatro Colón, cuando pasé mis vacaciones en Buenos Aires.~~

Me arden los dedos, desde el último ensayo. Los envuelve con micropor para después cubrir las heridas con las zapatillas de punta. Dos nudos en los listones se esconden detrás de sus tobillos. Párpados azules. Verde agua; pega con cuidado las pestañas postizas. Maquilla cada lunar; lo esconde hasta emparejar el tono de su piel. Cubre su cuello con el mismo maquillaje líquido. Los nervios le impiden recordar si en el siguiente acto sale de la parte de atrás del escenario, ¿o de adelante? Atrás; recuerda: es de atrás. El baño del camerino está ocupado. Mira sus ojos en el espejo; el azul que los cubre se parece... se parece mucho al color de la playa donde su madre la llevó una vez de pequeña. Varadero. El siete de septiembre se celebra a Yemayá. *Omi omo Yemayá*. Su madre rentó una casa y se quedaron despiertas, escribiendo deseos en papel arroz, esparciendo sobre la arena los pétalos de siete flores blancas. Amelia prendió una veladora. *Iye mi lateo, alaburu bomi, iya mi arwo oyo odon, iya mi tuku tukueye, asarayubi oloku suyere*. Los pétalos volaron al ras de la arena. Si tan solo la hubieras escuchado.

¡María! ¿Qué no ves que tengo que entrar a escena? Las cintas de las zapatillas quedaron flojas. María la peina y le hace un chongo. Paloma desea que Vaslav no se aparezca, odia que la bese antes de bailar. Le duele la rodilla izquierda; está tan cansada de ese encierro y no termina. ¿Cuándo terminas, María? Segunda llamada para *Diamantes*; aún sigue *Rubíes* y falta el cuerpo de ballet. No debe verse el esfuerzo. Su madre interpretó el mismo papel hace muchos años junto a Peter Martins. Era muy joven, tal vez más joven que Paloma; y flotaba. Amelia flotaba como pocas bailarinas saben hacerlo,

desenvolvía sus piernas y las sostenía en el aire. Giraba, daba un brinco y su cuerpo caía en brazos de Martins; arqueaba su espalda hasta casi tocar el piso. Él la detenía con delicadeza. Yo no lo hago como ella.

Todavía tiene tiempo para practicar esos giros que no domina. El piso; tendrá que probar el piso. ¿Dónde está Joaquín? Quiero ir al baño... no, no quiero.

El cuerpo de ballet emerge como la espuma de la playa. Yemayá es la dueña del océano, decía mi madre. Recuerda que Amelia colocó sobre los deseos una medalla con la imagen grabada de la diosa, entonces pusieron sobre un barquito de cartón azul el resto de los pétalos, los papeles y la veladora. Se adentraron en la playa hasta soltar la ofrenda. Las bailarinas no parecen diamantes; parecen espuma que se disuelve con la luz; quizá por eso son joyas. Le sudan las manos y la música de Tchaikovsky se escucha a lo lejos. ¿Cuál es la pieza? Es la *Sinfonía número 3 en D mayor*; mamá ponía el disco de vinilo y bailaba para mí.

Paloma espera su turno para entrar al escenario y convertirse en un diamante. Mira a las bailarinas girar, cruzarse unas con otras como gotas de agua en una ventana. Cuando ellas terminen su coreografía, Paloma saldrá al escenario y Joaquín la esperará. Joaquín ya no será Joaquín, sino un príncipe que baila con ella. Será una mentira, igual que Vaslav. Vaslav... él dice quererla; ella no le cree. La realidad es que la ahoga. Aunque no lo ama, no importa; igual da él que otro; preferiría a Joaquín, preferiría al director de la compañía. Es que sus reclamos se han vuelto insoportables. Lo desprecia tanto que, poco a poco, se ha hecho más difícil vivir con

él. Desea que lo cambien de compañía, pero eso no sucederá. Tendrá que dejar que le atraviese las entrañas por la noche. Atravesar, destrozar... Mamá me hizo pedazos el día que se suicidó. Vaslav no tiene la culpa de que su madre no la haya querido; Paloma piensa que el amor debe ser... no sabe qué deba ser, pero supone que algo tiene que ver con procurar al otro, con no abandonarlo. Tal vez algún día se acostumbre a Vaslav.

Hoy, Paloma busca verse inmensa en el escenario; parecerse a su madre. Joaquín ya no será Joaquín: será Andrés. A él sí podría amarle porque él... Dilo; ¡di qué es! Di que a veces ya no te importa abandonarte a una fantasía, porque él está tan lejos y lo has colmado de virtudes que ni siquiera tú te crees. Te gusta, te encanta saber que puedes ser parte de él, pretender que él piensa en ti; que cada vez que camina te busca por la calle y no te encuentra; que ve mujeres y confunde su cabello con el tuyo. Hoy Joaquín es Andrés y ella brilla y cae en sus brazos; flota en una nube azulada del color de la playa; se enamoran. Pero él no está; no vendrá y ella puede hacer de su imagen lo que quiera, puede volver a sentir que se le comprime el estómago cuando la mira. Puede incluso pretender que ésa será su última presentación en el Lincoln Center y que después regresará a Buenos Aires. Se hunde en la coreografía, en cada nota de la *Sinfonía número 3 en re mayor* de Tchaikovsky. Lo extraña. Andrés. Su nombre da vueltas y se pierde en *cinco seis siete ocho...*

*Piotr Illich Tchaikovsky, 1840, Votkinsk, 1893, San Petersburgo. Compositor ruso. Sus primeras obras fueron poco destacadas por falta de personalidad como Fatum o la Sinfonía núm.1 «Sueños de invierno». En 1869 se estrena la obertura Romeo y Julieta la cual gozó de gran aceptación. A partir de la década de 1870 y tras la composición de la Sinfonía núm. 2 «Pequeña Rusia» y, del célebre Concierto para piano y orquesta núm.1, la música de Tchaikovsky empezó a adquirir un tono propio. Entre sus partituras más importantes destacan: el Concierto para violín y orquesta (1877), el ballet El lago de los cisnes (1877), la ópera Eygeny Oneguin (1878) y Capricho Italiano (1880).*

*A la última fase de su actividad creadora pertenecen la ópera La dama de picas (1890), los ballets La bella Durmiente (1890) y Cascanueces (1892) y la última de sus sinfonías: la Sinfonía núm.6 «Patética».*

Vaslav. Nunca pudo enamorarse de él. Sin duda se consideraba a sí mismo el mejor bailarín de la compañía. No podía creerse menos y Paloma llegó a pensar que tal vez ni siquiera era el mejor, sino que su apariencia de divo atrapaba al público necesario para seguir conservando el rol de estrella. Sus compañeras de partneo, en un principio atraídas por él, lo detestaban. Exigía más allá de las posibilidades humanas, era brusco y ofensivo. Tenía un carisma que se deformaba al intimar como pareja de trabajo.

Vaslav entró a la compañía de ballet dos años antes que Paloma. El día que la vio por primera vez en los ensayos, preguntó quién era ella. Unas semanas después se enteró que la prima ballerina, Amelia Martí, había sido su madre. Desde ese entonces no le cupo la menor duda de que estaba enamorado. Era perfecta para él, justo lo que se merecía.

Paloma se mostró indiferente desde el primer momento, pero la soledad dejó de ser opcional. A veces se cansaba de escuchar voces. Llegó a culparse por pasar horas ensimismada. Demasiada vida interior llegó a ser suficiente y el hartazgo se hizo evidente en el invierno. Fue la misma soledad quien la orilló a mirar a su alrededor en busca de ayuda y encontrar que sólo existía un bailarín arrogante frente a ella.

Pensó que no era feo, podía soportar que la besara sin sentir asco. Podía aguantarse su arrogancia para no percibirse tan solitaria. Le abrumó la idea de llegar a vieja vistiendo sus piezas de cuando ballerina, evocando sus años en el *New York City Ballet* como la única etapa feliz en su vida.

Al inicio de su relación, Vaslav fue el refugio que ella tanto anheló: era amable y cariñoso, además de un excelente escucha. Logró ganar rápidamente su confianza. El día que Paloma perdió la audición para representar a Giselle un tercer año más, la vio azotar las puertas del pasillo de la compañía con una fuerza excesiva. La alcanzó afuera del edificio y tuvo que detenerla con ambos brazos para que no se le escapara. Lloró durante horas abrazada al bailarín.

Ese fue el día que Paloma comenzó a ver a su madre esconderse en las esquinas. Muchas veces preguntó a Vaslav si él no la veía o escuchaba esas voces casi imperceptibles, como sonidos a la distancia que le decían cosas negativas. Te estás volviendo loca, yo no veo ni escucho nada. Ella trató de no preocuparse.

Cuando Paloma llegó a ser la bailarina más importante de la compañía, Vaslav desató la marea de celos y envidias.

Él había asegurado su futuro en el *New York City Ballet*. Sería bailarín hasta que ya no pudiera serlo, después maestro y coreógrafo. Controlaba cada aspecto de su vida y lo mismo quiso hacer con la de Paloma. Eres demasiado sensible, le repetía una y otra vez. Esos pantalones no te quedan bien, te ves inmensa. En un principio ella aguantó su pedantería, siempre con la esperanza de que uno de los dos cambiara. Después ya no pudo des-hacerse de él.

*Yemayá creó el océano, decía mi madre. Es ella quien en noches de luna abraza nuestro vientre inquieto. A veces se desliza como los peces en los cálidos ríos de una vagina y preña a aquella que ha ganado su gracia. Yemayá se pierde en el oleaje y siembra ideas en la mente de quien la escucha. En las madrugadas surge de los mares para ser vista por algún pescador.*

Mi padre murió antes de que yo naciera. Era compositor. Hasta muchos años después supe su nombre, aunque mi madre hablaba de él y lo buscaba en el mar, pero sobre todo, en algunos cuerpos masculinos.

Amelia afirmaba que ciertas madrugadas él se aparecía en uno de los rincones de la cocina. Tomaba su mano y bailaba con ella hasta que comenzaba a clarear. Los supuestos días de visita ella dejaba una veladora blanca sobre la mesa.

Recuerdo querer espiarlos, y en varias veces me quedé por las noches sentada en la esquina de la cocina, esperándolo. Nunca llegó.

Se perdió en el mar, me contó mi madre. El Trasa-tlántico en el que viajaba se hundió y no se pudo recuperar el cuerpo. En otra ocasión me comentó que papá había fallecido de una enfermedad de los pulmones y que tras un resfriado amaneció muerto. Cada vez que preguntaba por él, ella parecía olvidar la causa de su fallecimiento e inventaba una nueva.

No podía creerle, pero comencé a preguntar morbosamente por los detalles. Tener a mi padre muerto nos daba la oportunidad de jugar con su figura. Con frecuencia nos consolábamos la una a la otra preparándole ramos de rosas que después tirábamos al mar. Yo platicaba con él por las noches, sabiendo que lo tenía para mí. Un día tu padre amaneció muerto dentro de un piano, nadie sabe quién lo mató, pero le cortaron las cuerdas vocales. Mamá, ¿qué son las cuerdas vocales? Son parecidas a las cuerdas de una guitarra que tenemos en la garganta y por eso podemos hablar. Mi madre me miraba fijamente a los ojos e hilaba historia tras historia.

Nuestra familia se hizo añicos la noche que nos quedamos a esperar a papá en el muelle. Era tarde y hacía frío. Mi mamá estaba enfurecida. Poco después ingresó al psiquiátrico, el fantasma dejó de rondar la casa y Amelia no volvió a hablar de él.

Tu madre está loca, decía mi abuela. Regresó seis meses después, con la piel pegada al cuerpo, triste por haber chocado contra la realidad. Lloraba todas las noches. No volvió a encender más veladoras, ni incienso de coco. No volvió a fumar. ¿Sabes por qué me dejaron salir? Porque no estoy loca y pude probarlo.

Nadie supo por qué la dejaron salir, pero regresó sin el brillo que despedía su cabello amarillo, y sus ojos de agua se volvieron marrones. Tenía moretones por toda la espalda y en los pies. Le recortaron el pelo que tenía entre las piernas y a veces orinaba sangre. Me encerraron en una celda con muros verdes, andaba desnuda como los animales, pero los animales tienen pelo que los protege del frío, mi piel está pelona, mira.

Por las tardes trenzaba el cabello opaco de mamá y limpiaba las lágrimas de sus ojos morados. La mayor parte del tiempo traía la mirada perdida. A veces, por las noches, se paraba a contemplar la ventana, pero ya no se dirigía hacia la cocina.

Mi abuela y mamá dejaron de hablarse. Amelia la hacía responsable por los meses que pasó encerrada en el psiquiátrico. Por poco me muero, la escuché decir varias veces. Me desnudaban y me hacían sangrar el vientre con tubos de carne humana.

Un día mamá puso uno de mis dedos en el interruptor y yo sentí la electricidad cruzarme el cuerpo. Eso que

sentiste se llama choque eléctrico y a mí me los daban en la cabeza. Lo hago para que entiendas por lo que tuve que pasar. Paloma, la realidad enferma.

## SEGUNDO ACTO

*Tú ves el presente, yo veo tu futuro;  
aun así, no podré salvarte...*

Yejide llegó cuando la luz morada de las jacarandas se desvanecía. Era el inicio del invierno. Cruzó el puente y se sentó a contemplar el lago que comenzaba a congelarse. Observó caer la tarde en Central Park como quien observa por primera vez un atardecer. Yejide, santera cubana, anudó sus cabellos negros y colocó un tocado blanco sobre su cabeza. Sacó del escote un mazo de cartas españolas y las acomodó con cuidado en la banca del parque. Entonces aguardó con un puro en la boca y la mirada perdida en aquello que ya estaba escrito por el destino. De entre las sombras apareció Amelia.

La joven, con las manos metidas en las bolsas de la chamarra, pasó frente a ella y, poco después de rebasarla, sintió que algo la detenía. Le fue difícil respirar el aire helado, trató de avanzar, no pudo, intentó infructuosamente dar pasos a los costados. Vencida, volvió la vista hacia la santera y regresó. Se sentó a su lado.

La mujer le pidió que barajara el mazo siete veces y lo partiera con la mano izquierda en tres montones. Yejide tomó uno de ellos y le dio a elegir doce cartas.

Conforme las sacaba, Amelia fue colocándolas de manera horizontal en la banca de madera. Las pupilas dilatadas de Yejide analizaron con cuidado cada símbolo. Vio la combinación de espadas con copas de revés contrariando el destino de aquella chica de cabellos negros: “tocará el amor a tu puerta. No le abras”, “¿cómo?”, “no le abras”. Yejide vio la carta de oros y supo que la fama acechaba el futuro cercano de la joven. Finalmente, los bastos de revés le mostraron contratiempos y luchas.

Apenas había terminado de leer el primer montón de cartas, la santera se sintió obligada a citar a la joven al día siguiente en su departamento. Yejide comenzó a sufrir visiones. Podía ver el aura de la gente. A veces, en las multitudes de la plaza, advertía por encima de las cabezas humanas estelas de colores. Miró con detenimiento a Amelia; vio su aura: era de un tono grisáceo, turbio, similar al del agua estancada en los charcos de la ciudad en época de lluvias. Parecía como si la joven hubiera caído bajo un hechizo o, peor, como si su alma hubiese sido enterrada en algún cementerio.

Yejide vivía en un edificio de piedra roja arenisca al sur de Queens construido en los primeros años de la segunda guerra mundial, en un departamento con cuatro habitaciones atestadas de altares con figuras de la Virgen de las Mercedes, la Virgen de la Caridad del Cobre, la Virgen de Regla y Santa Bárbara. En cada altar, se había dispuesto un par de veladoras blancas, algo de fruta y alabahaca de clavo, ruda, romero y hierba bruja. De las paredes blancas colgaban tambores batá y collares Eleke protectores de culto. Por la ventana se coló el calor de la tarde; no importaba que fuera invierno, dentro del apartamento se sentía un bochorno tropical, más el aroma a aguardiente y azucenas.

Poco después de que Amelia tocara a la puerta, Yejide apareció con un vestido blanco; iba descalza.

Se sentó y puso entre las manos de la joven un puño de chamalongos que luego soltó sobre la mesa.

—¿Qué ves en los cocos? —preguntó Amelia.

La santera prefirió no responder y de una de las bolsas de su vestido sacó un puro.

—Bien, vamos a hacerte un ebo.

Con humo de tabaco, albaca y flores blancas, Yejide limpió el espíritu y el alma de la joven. Su boca emitió rezos en una lengua africana que Amelia no entendió:

*Yemaya Orisha Obunrin dudú,*

Yejide comenzó a entrar en trance. Yemayá se apoderó de su cuerpo. La habitación enfrió.

*kuelú re meye abayá ni re oyú,*

Una nube traslúcida se alzó por encima de sus cabezas. El olor del puro hizo toser a Amelia; entre el humo se perdían las flamas de las velas y las sombras de las

vírgenes dispuestas en cada altar. Los rezos fueron acompañados por el ritmo de un zumbón de viento mientras Yejide completaba el ritual.

*Ayaba arwó gba okí mi,*

La joven vio en una de las esquinas del departamento la sombra de Yemayá, la deidad negra con sus siete rayas en la cara. La diosa la miró fijamente a los ojos; de sus labios se desprendieron un par de palabras en Yoruba. Amelia no alcanzó a entender lo que decía pero pronto la diosa se esfumó entre el humo del puro.

*Iyá ogá ni gbogbo okuo,*

De niña escuchó la misma plegaria un día que acompañó a su abuela al monte, en medio de los cálidos humores de la isla. Su abuela bailó acompañada de la música de un tambor similar al que Yejide tenía colgado en uno de los muros. Evocó el calor del monte en el departamento de la santera.

*Yeye Omó eyá,*

Recordó haberle preguntado a su abuela qué significaba la plegaria. Ella le peinó los cabellos con sus manos negras y comenzó a susurrarle al oído la dulce oración...

*Lojunoyina ni re ta gbogbo akun nini iwo ni re olowo,*

«Reina Adivina, reciba el saludo, Madre Dueña de todos los mares, Madre hijo del pescado, allá lejos tiene su asiento o trono, bajo el mar donde usted tiene sus riquezas para su hijo obediente, gracias Madre mía».

*Nitosi re Omó terriba,*

Los rezos de Yejide no cesaron. Poseída, dijo tres veces «traes contigo la muerte».

*Adukue Iyá Mí.*

Amelia creyó no oír bien la frase.

«Traes contigo la muerte».

El miedo erizó su piel. Comenzó a temblar.

«Traes contigo la muerte».

La joven tomó sus cosas y escapó del departamento de la santera. Cuando el espíritu salió del cuerpo de Yejide, Amelia ya se había ido.

Siete días consecutivos se despertó a las tres de la mañana con las luces encendidas de la habitación. «Traes contigo la muerte», las palabras de la santera le daban vueltas por la cabeza. Amelia estaba asustada; no hubo lugar donde se sintiera segura. Llevaba poco tiempo viviendo en la ciudad, tenía un par de amigos bailarines y pronto haría una audición para el *New York City Ballet*. Sentía que se jugaba la vida como para no tomarse en serio una predicción. Venía de Cuba, era afecta a la santería y desde niña veía cosas que no se podía explicar.

A partir del fallecimiento de su padre, Amelia sufría de temporadas en las que escuchaba voces. Muchas veces vio sombras rondar su departamento. Tal vez, si se acercaba a la santera, ella le podría ofrecer alguna respuesta.

Su amistad comenzó la tarde que Amelia regresó a buscarla. Yejide había dispuesto una silla del comedor a la muñeca de Yemayá. Amelia se sentó junto a ella y sobre las piernas de la diosa colocó un par de dólares. ¿Puedes cambiar mi destino? La muñeca cayó al suelo. No te asustes, sólo debes tomar algunas precauciones.

Yejide se sintió animada a enseñarle a la joven sobre la religión, los Orishas y la forma de rendirles culto. A partir de ese día, cada tarde de jueves la santera compartió sus conocimientos, le enseñó a leer las cartas españolas y los cocos. Amelia aprendió diversos rituales: endulzamientos, atracción de trabajo y dinero, sanación de diversos males, incluso los físicos. Asimiló las oraciones, y rescató los conocimientos de herbolaria que Yejide le heredó. La magia en Amelia afloraba cada jueves y las clases siguieron hasta que ella pudo comunicarse con los muertos. Los espíritus comenzaron a metérsele en la garganta, a actuar por medio de su cuerpo y a hablarle.

Las tardes con la santera se volvieron un mundo paralelo, el lugar en el que se conectaba con su origen y sus ancestros.

## **Amelia Martí**

*Principal of New York City Ballet*

Nació el 21 de diciembre de 1951 en La Habana (Cuba), donde inició sus estudios de danza con el Ballet Alicia Alonso (hoy Ballet Nacional de Cuba) en 1958.

Tras una temporada, residió en los Estados Unidos y continuó su formación con Alexandra Danilova, Stanley Williams y George Balanchine. Comenzó a trabajar profesionalmente en 1967, al debutar como alumna avanzada en el festival de clausura del SAB (*School of American Ballet*). Ese mismo año pasó a formar parte del *Ballet Theatre of New York*. A partir de ese momento, comenzó una brillante etapa en su carrera como intérprete de las grandes obras del repertorio romántico y clásico en los ballets *La Sonnambula*, *Ballet Imperial*, *Jewels* y *Theme and Variations*. Fue en esta época cuando trabajó junto a George Balanchine, Peter Martins, Jerome Robbins e Ígor Stravinski, entre otras significativas personalidades de la coreografía del siglo pasado.

Fue la intérprete principal en el estreno mundial de importantes obras como *Jewels* (1967); *Stravinski Violin Concerto* (1972) y *Danse Macabre* (1977). Actuó en numerosos países de Europa y América con el rango de

solista. Se convirtió en una de las pocas representantes americanas después de Alicia Alonso, en bailar con el *Ballet Bolshoi* en el teatro de Moscú en 1972.

Falleció el 30 de noviembre de 1983 en La Habana (Cuba)...

*para que su hija pudiera ser bailarina.*

## **Historia clínica de la interna Amelia Martí**

Expediente número 600

Pabellón de observación

### Motivo de consulta:

Se trata de una mujer soltera de 32 años. La paciente fue traída por su madre al hospital psiquiátrico porque se encontraba en estado catatónico. Hace unas semanas la joven aseguró haber visto al padre de su hija, difunto, en el malecón. Que dicho hombre había desembarcado en La Habana para llevarla a ella y a la niña a vivir a Nueva York. Supuestamente se reunirían pasadas las 8:00 pm del día 9 de mayo en el muelle para zarpar. Él no llegó a la cita, ella y su hija se quedaron esperándolo hasta la medianoche. Durante los días siguientes tuvo una gran cantidad de explosiones de furia. En ningún momento atacó a su pequeña, sin embargo, destruyó parte del mobiliario del departamento donde residen y después tomó fuertes dosis de antihistamínicos para quitarse la vida. Se la encontró en el piso cubierta con su propio vómito y un cuchillo de cocina en la mano derecha. Sus brazos tenían varias heridas autoinflingidas por el arma blanca. Las ropas estaban cubiertas de bilis y sangre, tenía cortaduras en las cuatro extremidades. Fue enviada al hospital y al regresar se quedó catatónica. La joven quedó encerrada en sí misma, absorta en sus pensamientos y en algunas ocasiones habla sola a pesar de que otras personas se encuentren a su alrededor. Su familia tiene la impresión de que escucha voces que ellos no pueden oír. Le dijo a su hija que tenía miedo de no volver a verla, o de matarse; teme quedar en soledad.

### Antecedentes:

La paciente creció en La Habana. Es hija única. Su padre murió en un accidente automovilístico cuando ella era una niña. La madre trabajaba como secretaria en el ministerio de cultura. Se jubiló hace un par de años, no tiene muy buena relación con su hija dada la desaprobación hacia las actividades laborales de la joven (prostitución). La paciente estudió danza clásica, fue miembro del Ballet Nacional de Cuba y después viajó a Estados Unidos, donde se desempeñó como primera bailarina en el Ballet de la Ciudad de Nueva York. Antes de enfermarse había sido bastante ambiciosa con respecto a su profesión de bailarina, quería convertirse en miembro del *Teatro Bolshoi*. Sin embargo, después de su embarazo comenzó a faltar a los ensayos, quejándose de dolores, molestias musculares y cambios en los genitales. Empezó a mostrarse indiferente a las críticas de los coreógrafos y a tener poco contacto social. Ya no se interesaba en conservar sus amistades o en tener relaciones íntimas con integrantes del sexo opuesto. Terminó por sufrir crisis con alucinaciones donde aseguraba ver gente de su pasado que le hablaba y le pedía que hiciera cosas y fue diagnosticada como esquizofrénica por el psiquiatra que la atendió en aquel momento.

### Resultados de la entrevista:

La paciente, de aspecto agradable, se presentó vestida apropiadamente. Al ser examinada se manifestó tensa, con habla lenta y excitada. Durante la entrevista mostró una sonrisa superficial e inapropiada, gran parte de su expresión oral fue incoherente, incomprensible. De vez

en cuando agitaba la mano. Se negó a hablar de su pasado como bailarina. Aseguró que la esposa de su examante lo había asesinado. Expresó temor porque dicha persona la encuentre y le arrebatase a su hija. Explicó que la mujer posee dotes de bruja y que ella había llevado a su propia familia a la ruina. Aparentemente el amante fallecido le habló sobre la muerte que sufrió a manos de su esposa y fue él quien le recomendó volver a Cuba. Los últimos días antes de la internación, Amelia consideró la idea de matarse para impedir que el maleficio extraño tomara control total sobre su niña.

#### Diagnóstico:

Tomando en cuenta que la paciente presenta como síntomas: delirios de persecución, alucinaciones frecuentes tanto visuales como auditivas, estados momentáneos de catatonía, explosiones de furia y asegura estar en comunicación con fuerzas paranormales, se puede dar un diagnóstico provisional de esquizofrenia paranoide, a reserva de aplicarle con posterioridad algunas pruebas que confirmen este resultado.

Mayo 1983

Querido Dr.:

“Mi Señor,” o como mi padre solía llamarme, “Mi sol”, o bien una pequeña imagen, ya que yo era la imagen del sol que no podía quedarse en eso, ¿quieres hacerte cargo de sacarme de este hospital para que yo pueda acudir al tribunal de la verdad a reclamar mi liberación y ayudar a esclarecer mi identidad? Probablemente no recuerdas que fuiste mi partner durante la gira de 1882, tú me detenías en el aire y mostrabas mis atributos, gracias a mí, te hiciste primer bailarín del *Ballet Bolshoi*. Soy una mujer pájaro e inefablemente flexible, una diosa. De modo que por favor entérate de que Venus ha vuelto.

Tu obligación es servirme, y si no quieres hacer lo que te digo, auxíliame a salir de aquí, haz que paren los robos de vestuario, de pestañas postizas, de zapatillas, de joyas, de papeles, de cartas, etc, etc.; tendrás la amabilidad de comunicármelo para que pueda demandar mi liberación.

El edificio donde vive Yemayá lo destino a salvaguardar a mi esposo, Dimitri, ¿lo recuerdas? Compuso esa tonada que empezaba con *Tan, ta tan ta...*, de modo que por qué no ocuparse y amueblarlo como a él le gustaría, con jaulas metálicas para pájaros amaestrados, y un piano, un enorme piano de cola completa, la sala llena de partituras. ¿Le gustará el piano? Un día le cayó uno encima, del cielo al suelo, pummm y murió. Vamos de regreso a Montecarlo, le gustará volver a verme, y llevaré a Paloma, la reconocerá por el olor de su cabe-

llo. El viaje de regreso, ¿nuestros viajes? Él estará en Nueva York esperándome, regresaré a la compañía. Balanchine me ama, Dimitri estará con él, compuso varios ballets y reconocerá a Paloma. Somos tres, así debió haber sido de no ser por la guerra, ¿habrá terminado ya? Dimitri sufre de frío y pronto morirá en los campos de concentración, esa mujer abrirá la cámara de gas y él morirá sin remedio. Tengo que rescatarlo, ayúdame, por favor, sácame de aquí, él morirá ahogado, envenenado, qué sé yo, ella lo envenenará. Ella, ¿puedes creer que una noche él y yo bailamos hasta pasadas las tres de la mañana? Sabía bailar estupendamente, tenía un control del ritmo, del tiempo, del espacio: *ritmo-tiempo-espacio*, es casi casi como lo que bailábamos, absoluto control. Quiero volver a sentir ese dolor, aquel pedazo de luz descomponiéndose en sombras y colores, el calor de los focos en el escenario. Bailar duele, no se sentiría si no doliera, y desgarraba los ligamentos con tal placer que me hacía abrir las piernas hasta alcanzar la cúpula del teatro. Baila para mí, tómame de la cintura y elévame, más, hasta allá, hasta desaparecer. Dimitri desapareció y ni una carta de él recibí. Su esposa lo mató, él me lo dijo, le amputó el miembro cuando le hizo por última vez el amor. Dimitri ve su miembro en el piso, tirado como una rata muerta. Grita de dolor con las manos cubriéndose la herida. Dimitri se suicidó y no volví a verlo. ¿Has visto la ópera de Madame Butterfly? Pinkerton mira cómo Butterfly decoró la morada para su regreso, cae en la cuenta de que ha cometido una grave equivocación. Se llama Paloma, ella tiene su sonrisa, nació pesando tres kilos un 14 de abril. Ayer

cumplió tres años, regresaré con ella en brazos y seremos una familia. Pero Butterfly toma el cuchillo de su padre y se lo clava en el pecho. Moribunda, da un último beso a su hijo y muere.

Besos desde el Lincoln Center

*Amelia Martí*

*The School of American Ballet anuncia el Winter Ball 1976. La gala de Ballet se celebrará en el Lincoln Center. El coctel dará comienzo a las 19:00 horas. El punto culminante de la noche será la actuación de los alumnos avanzados de The School of American Ballet, interpretando la coreografía de Joyas de George Balanchine. Las ganancias del evento permitirán al SAB distribuir 1.8 millones anuales en becas estudiantiles, apoyar a profesores y colaborar con las instalaciones. Van Cleef & Arpes será el principal patrocinador de la gala.*

## *Divina e inefable*

Música de Piotr Tchaikovski, Igor Stravinski y Gabriel Fauré. Coreografía: George Balanchine. Diseño de Marina Solovieva.

Estreno 1976

Solista: Amelia Martí

### Acto I.

Escena I. Amelia se prepara para salir al escenario. Mira su imagen en el espejo del camerino; las mallas de ballet develan su figura. Pasa sus dedos entre el cabello, se lo lleva hacia atrás. Hace un chongo. Primera llamada. La bailarina saca de su bolso una veladora blanca, la pasa por cada rincón de su cuerpo y pide al Elegguá que abra sus caminos y la proteja; con un lápiz escribe su nombre en la cera, la unta con melado y la espolvorea con canela. Reza a Obbatalá Oricha, el santo de la belleza, para que se haga presente en el ritual y durante la coreografía. Al terminar, rodea la vela con pétalos de rosas blancas.

La vida, hasta ese entonces, ha sido complaciente con sus deseos. Semidesnuda, empolva su rostro y su busto con una brocha, para dar la apariencia de ser una muñeca de porcelana. Sus ojos, enmarcados con delineador líquido negro, resaltan el brillo de su mirada.

Escena II. *Segunda llamada*. Cuarto palco, primer piso, a la derecha. Un hombre, de aproximadamente cuarenta años hojea una partitura. Junto a él, su esposa, Alexandra Zórina, cuerpo de ballet del *Ballet Bolshoi*, sostiene entre sus manos un abanico de seda.

*Tercera llamada.* El hombre cierra la partitura y mira hacía la orquesta. Escucha atento. Inmóvil, lleva el aire a sus pulmones hasta hacer evidente en el tórax el ritmo de su respiración.

La música de Stravinski inunda el Lincoln Center. Los ojos del hombre se cierran por unos segundos; se alimenta de la pieza compuesta para la coreografía de *Rubies*. Sus labios empiezan a moverse; algo hace con la boca, dice números: *uno, dos, cinco, siete...* Se recarga en la butaca del teatro. No mira la coreografía ni el tutú rojo de la bailarina; la danza no le interesa.

Escena III. La música ha cesado, el hombre, director de orquesta y compositor de la Orquesta del *Bolshoi*, no aplaude. Tercer acto: Tchaikovsky (*Sinfonía número 3 en D mayor*). Frente a él, Amelia, la bailarina que interpreta al Diamante, aparece en el escenario. La ligereza de sus movimientos lo obliga a desprender la mirada del director de orquesta. Parece que ella escribe música con los pies.

Amelia lo atrapa. La gracia de sus pasos aporta un elemento etéreo que le da sentido a la composición musical. Congela el momento. Los músculos de la bailarina mitigan la incapacidad de su propia sustancia, pareciera como si hubiera hecho un pacto con su cuerpo. Se sostiene con fuerza, es flexible en todo momento. Se deja acariciar por la melodía.

Nunca antes se había visto doblegado ante un cuerpo revoloteando en tul. Jamás compuso nada para su esposa. Se casaron hace más de diez años, pero no se enamoró de ella, se enamoró de la promesa de ser músico. Habían llegado a un acuerdo mutuo, y se sentían satisfechos.

El hombre espera a que Amelia termine de consagrarse. Decenas de rosas cubren el escenario de diferentes tonalidades. Dimitri, el compositor, aplaude de pie.

Acto II.

Escena I. Amelia regresa al camerino y agradece al Elegguá. Esta noche se ha jugado la entrada al New York City Ballet. Tocan a su puerta; la esperan con el resultado en el estudio del teatro. Allí estará George Balanchine.

Escena II. Desde el palco, el compositor conserva la imagen de la bailarina girando en el eje de su movimiento. Trama un nuevo proyecto, un personaje afín con su personalidad; una composición plástica. Piensa en ella como una ninfa atrapada en su propia fantasía; piensa en darle un nombre, un estado de ánimo, un ritmo único a la nueva bailarina.

*El New York City Ballet es una de las compañías más importantes del mundo y debe su existencia a Lincoln Kirstein, quien tuvo el deseo de crear una compañía de ballet americano donde jóvenes bailarines pudieran entrenar bajo la guía de grandes maestros de la danza. Cuando conoció a George Balanchine en 1933 supo que había encontrado al hombre indicado para su proyecto. En 1934 ambos abrieron la School of American Ballet donde Balachine entrenaba a sus bailarines bajo una técnica y estilo innovadores. El 11 de octubre de 1948, el New York City Ballet tiene su primera presentación en la que figuró el Concerto Barocco, Orpheus y Symphony in C de Balanchine. Lerome Robbins se unió al NYCB al año siguiente y, junto con Balanchine, ayudó a ampliar el repertorio y a establecer la compañía en Nueva York. El catálogo excede los 400 ballets, de los cuales cada año se bailan 60, aproximadamente.*

## Ofrenda de amor a Yemayá

### Ingredientes

- 7 ramitas de hierbabuena
- 7 flores blancas
- 1 chorrito de melado de caña
- 1 taza de ron
- 1 vela azul
- Un poco de cascarilla

En un recipiente ponga 7 ramitas de hierbabuena y los pétalos de 7 flores blancas agregándole un chorro de melado de caña, el ron y la cascarilla. A Yemayá se le piden favores de amor. Pero Dimitri ya era suyo, sin necesidad de pociones ni rezos. Lo atrapó con el espacio y la fuerza de sus dedos del pie. Lo atrapó con la música.

Yejide desgranó en el agua las flores y la hierbabuena. ¿Para quién es esa mezcla? Y la santera vertió una taza de ron en el mismo recipiente. Es una ofrenda de amor.

El melado se escurrió por los dedos de Amelia y ella se los llevó a la boca. Dimitri me compuso una pieza, se llama *Danse Macabre*. Agregar la cucharada de aceite de bergamota y la poción quedará lista. Es una elegía.

Dejar reposar. Colocar el recipiente a los pies de Yemayá encendiendo una vela amarilla. La muerte es una pérdida del sentido común, es ausencia. Yejide encendió la candela. El amor es parte de la muerte. Amelia no dejaba de pensar en la melodía. Es bellísima. Durante los ensayos medía los tiempos con el roce del piso y soltaba su cabello para darle al personaje un aire de locura. Yejide colocó a los pies de la diosa el recipiente.

El vestido de Yemayá es azul marino y blanco espuma, de los holanes cuelgan conchas de mar.

Dimitri observó a Amelia adueñarse de la composición. Ya te sabes la música, baila conmigo. Amelia dio cuatro pasos, elevó la pierna hacia atrás haciendo un arabesque y él la detuvo con su mano derecha. Después volteó su cuerpo y la elevó por encima de lo hombros. Cargó su pelvis y ella quedó suspendida como un pájaro. La espalda arqueada hacia atrás en un cambré, los pies juntos. La bajó lentamente hasta que sus zapatillas rozaron el piso. La deslizó por la duela del salón. Era tan ligera que en los giros se enredaba con su cabello. No fue necesario hacer tanto esfuerzo para sostenerla y darse cuenta que la bailarina que tenía enfrente era más veloz que él.

Al día siguiente untar la suela de los zapatos con la poción. Con el líquido sobrante, limpiar la entrada de la casa y decir: “Que por esta puerta entre el hombre que me haga feliz”. Repetir el ritual por tres viernes seguidos. Sabía bailar, ¿en dónde aprendió? Su esposa es bailarina, tal vez ella le enseñó. Unta tus zapatillas con la mezcla, te ayudará. No es necesario, él ya me hace feliz. Era fácil entender su ritmo y sus motivos, entrar en la composición y adivinar el siguiente movimiento. Toca música como Orfeo.

A veces, Dimitri le dejaba recados en las partituras, hasta el día en que reunió el valor para invitarla a cenar.

Ofrecer una novena de flores atadas con cinta celeste al solicitar el favor y llevar al mar en un día de sol. Lanzar el ramo sobre las aguas al mismo tiempo que se arrojan 7 monedas de uso legal. Orar por la gracia recibida.

Tres viernes cenó con él en el Ritz. Dos meses después, Amelia fue invitada por el Ballet Bolshoi a bailar una temporada. Ella aceptó.

*Dimitri Lermontov. 1937, Moscú. Compositor y director de orquesta ruso. Sus composiciones están consideradas entre las más importantes de la llamada música contemporánea después de Stravinski.*

*Fue director de orquesta del Bolshoi. Compuso una gran cantidad de obras clásicas con estilos como el primitivismo, el neoclasicismo y el serialismo. Es conocido por su partitura del ballet Danse Macabre, que fue un encargo del famoso coreógrafo George Balanchine. Lermontov también escribió para diversos tipos de conjuntos en un amplio espectro de formas clásicas, desde óperas y sinfonías a pequeñas piezas para piano. Muere en 1977 en San Petersburgo.*

Días antes de viajar a Moscú, Amelia cayó en cama. Por la mañana, un resfriado agudo le impidió asistir a los ensayos. Ardiendo en fiebre, llenó la tina del baño con agua tibia y espolvoreó en ella flores de manzanilla, hojas de tomillo y enebro. Hundió su cuerpo en la bañera; se dejó acariciar por el agua y aspiró el aroma de las plantas; recargó su cabeza en una toalla y cerró los ojos.

Pasaron pocos minutos cuando escuchó un ruido que venía de la recámara; un abrir y cerrar de puertas y ventanas. El agua se enturbió en un par de segundos y la temperatura comenzó a bajar. La habitación, poco antes soleada, se tornó opaca, y de las coladeras brotó un olor penetrante. La puerta se abrió suavemente, y no había nadie en el umbral.

Inmóvil, no pudo siquiera levantarse. Frente a ella surgió súbitamente una nube de humo color negro. Al principio se veía una silueta, pero poco a poco el humo adquirió forma. Una calavera a la que piel putrefacta se le iba adhiriendo; y a eso olía, a cadáver en estado de descomposición. El resto del cuerpo lo cubría un manto negro. El terror la paralizó. Pasaron unos segundos. Luego la figura desapareció.

Esa tarde, aún enferma, pero temerosa de lo que sucedió en el baño, Amelia se presentó en casa de Yejide. Pídele a Yemayá que cuide a tu hombre, Shangó planea llevárselo. Es necesario que amarres de pies y manos a tu rival. La entidad que se apareció en el baño fue a advertírtelo.

La esposa de Dimitri aún era joven, tenía aproximadamente cuarenta años. Aunque virtuosa, nunca logró ascender en la compañía. A pesar de su técnica, su rostro

y su cuerpo eran inexpresivos. «Mata que mata brujo». Eso es lo que tienes que hacer. Consigue cinco vellos de la esposa de Dimitri y cinco vellos tuyos. Haz una cruz. Parte un pan fresco a la mitad con un cuchillo nuevo. Coloca la cruz de vellos al centro del pan y une ambas rodajas con tres púas de palo mirto para que queden unidas. Mete el pan en una lata con cuatro tierras y siembra en la lata una mata de ruda. Es importante que no le des a nadie las hojas de la mata, ya que está maldita, ni tampoco tocarla los días viernes. Cuando se agote, eliges el mejor gajo y vuelves a sembrar.

No sería difícil conseguir los cinco vellos. Podría pedirle a la maquillista que le hiciera el favor cuando la depilara, mas no se atrevía. Tampoco creyó que Alexandra fuera capaz de lastimar a Dimitri.

Hace poco leí una reseña de la presentación de *Danse Macabre* en el *Bolshoi*. Hablaba de mi madre, Amelia Martí. La reseña podía haber sido escrita por Théophile Gautier si él no se hubiese muerto un siglo antes del estreno de la pieza:

*“La mujer amorosa que se encuentra bajo el dominio de la pérdida del ser amado; triste y enfurecida, a veces parece perder la razón. Fascina su inestabilidad...”*

Amelia Martí fue invitada a bailar en el *Ballet Bolshoi* por una brevísima temporada. Era la bailarina protagonista de *Danse Macabre*, composición de Dimitri Lermontov y coreografía de George Balanchine. Dimitri se la llevó para tenerla a su lado, sin importarle que su esposa estuviese en la misma compañía. Cada noche llegaban ramos de rosas al camerino de mamá. Él dirigía la orquesta para ella, ella bailaba para él.

*“...Un vestido de seda negro cubre sus muslos cansados. Hay momentos en los que arrastra los pies y se deja caer estremecida en llanto. Se levanta de golpe y sus piernas se elevan. Da saltos y gira”*.

Mamá contó que mi padre hacía música con cualquier cosa. Cualquier cosa puede producir ritmo: las cucharas, los vasos, la misma miel cayendo en un tarro de cristal. Chúpate los dedos y tus labios producirán un sonido, si lo armonizas con otros puedes componer. Amelia y Dimitri caminaron en la nieve. Escucha cómo suena cada copo derritiéndose. Los pies mojados dejando huella en cada esquina. El aire en Rusia suena distinto. La acústica del *Teatro Bolshoi* también era distinta. *Lincoln*

Center, Teatro Bolshoi, había pisado los mejores escenarios y la música era otra en cada uno de ellos. ¿Dónde prefieres escuchar mis piezas?

Amelia no tenía ninguna preferencia. Cada lugar era distinto, hasta el personaje parecía querer ser otro en cada foro. El vestuario de *Danse Macabre* estaba hecho de seda. Escucha el sonido de la seda al rasgarse.

*“...La seda es repelente de electricidad pero ella está hecha de puro magnetismo. Atrapa a todo espectador”.*

El cielo de Moscú es azul turquesa. Las cúpulas de algunos palacios están hechos de bombones de colores. En invierno, la ciudad parece espolvoreada con azúcar glass. Los edificios evocan la casita de dulce de Hansel y Gretel. Moscú es de oro. Mira las luces en la noche. No importa el frío si Dimitri me toma la mano.

*“...Sus manos nos hablan de aquello que se ha ido. Las mueve con tanta gracia que nos provoca adentrarnos en el mismo estado de ánimo: pena de amor”.*

El Teatro Bolshoi es igual de majestuoso. Paloma, la imaginación jamás te alcanzará para saber qué se siente bailar en el Bolshoi, no hay lugar más bello para dejar el alma. La noche del 13 de febrero de 1977 hubo mil setecientas cuarenta personas aplaudiendo a mi madre de pie. No mamá, no puedo imaginarlo. Sucede que el teatro es mágico.

*“...la bailarina hace círculos con las piernas y los brazos, quizá es un conjuro”.*

La mirada de mi madre se perdía cada vez que me hablaba sobre sus días de bailarina. Mamá, ¿por qué ya no bailas? Ya no puedo bailar, tú sí. Stravinski decía que la música es incapaz de expresar nada por sí misma. Dimitri y Amelia eran uno solo, él creaba con el sonido, ella componía con el cuerpo. Les gustaba rescatar de los objetos y el paisaje nuevos ritmos. Moscú fue la ciudad perfecta para encontrar aquello que buscaban y jugar a componer nuevas partituras, a inventar coreografías. Pasaron demasiado tiempo juntos, los chismes se hicieron inevitables.

*“...Corre por todo el escenario, abre las piernas, se desplaza con tanta rapidéz que es difícil seguirla con la mirada. No se ha visto a otra bailarina moverse con tal velocidad y precisión. Ella es creación de Balanchine...”*

Deberías trabajar para Balanchine. Dimitri lo pensó varias noches, de ser un compositor en detrimento, Amelia le inyectaba el deseo por seguir escribiendo nuevas partituras. No quiero perderte. Tendría que decírselo a su esposa. Un matrimonio que venía cayéndose a pedazos desde que la carrera de Alexandra se quedó estancada en el papel de cuerpo de baile. No todo es danza. Ella se deprimía hasta el grado de no querer salir de la cama. Cuando se cansó de que su cuerpo dejara de responderle, empezó a exigirle a Dimitri todo aquello que ella no se podía dar.

*“...Algunas mujeres del público sacan un pañuelo. Al parecer la bailarina caerá en brazos de la muerte”.*

Si vienes conmigo podrás crear todo aquello que deseas. La esperanza parecía renacer en otros horizontes. Dimitri prometió regresar a Nueva York y alcanzar a Amelia,

*“...Quiere gritar. Nadie la escucha. Estira su cuerpo, lo pega al piso y vuelve a levantarse de golpe. La pena se ha ido de su cuerpo, ha enloquecido”.*

Los aviones vuelan al ras de la ciudad, como pétalos de flores que se ofrecen a Yemayá. Amelia se despide de Moscú, del teatro y la nieve. Vuelve a Nueva York con la sonrisa fresca, esperando el nuevo comienzo. Yejide estaba equivocada, o quizá la había salvado.

*“...Y la locura la lleva de regreso a la pérdida, y la pérdida a la muerte”.*

Paloma, ¿te gustaría bailar en el *Teatro Bolshoi*? Sí me gustaría, mamá. Por momentos mi madre se quedaba en estado catatónico, días enteros perdía la razón, pero una semana antes de su suicidio ella volvió a recobrar la cordura. Se veía mejor que nunca, platicaba con calma, se reía, me peinaba para ir a la escuela y cocinaba a mi regreso.

*“...Agotada se deja caer, ya no se levanta, mueve los miembros de su cuerpo con tanta lentitud que nos permite apreciar cada uno de sus músculos”.*

Mamá se hizo hetaira, buscando a mi padre hasta el cansancio. Ella se volvió loca, loca por él.

*“...la bailarina muere. Su actuación ha sido divina”.*

Igor Stravinski. 1882, Oranienbaum. Compositor ruso. Creador de la llamada música contemporánea en el estreno de *La Consagración de la Primavera* el 29 de mayo de 1913. Fue alumno de Nikolai Rimski-Korsakov en San Petesburgo. Sergei Diaghilev lo dio a conocer gracias a la partitura que le encarga para *El pájaro de fuego*.

Entre su repertorio destacan los ballets: *La Consagración de la Primavera*, *Las bodas*, *El pájaro de Fuego*, *Pulcinella*, *Apollon Musagète* y *Agon*. Su etapa neoclásica se caracterizó por sus composiciones que fueron homenajes a sus músicos más admirados, como: Bach (*Concierto en re*), Tchaikovsky (*El beso del hada*), Haendel (*Oedipus rex*), Haydn (*Sinfonía en do*) o Mozart (*La carrera del libertino*), y obras como *Octeto para instrumentos de viento*, *Sinfonía de los salmos* o el ballet *Apollon Musagète*. Fallece en la ciudad de Nueva York en 1971, sus restos se encuentran en Venecia.

Una niña nacerá a finales de la primavera. Paloma estaba atrapada en algún sitio, probablemente en el aire, o tal vez en la luz.

La santera supo de su llegada el día que murió Dimitri. Amelia despertó sobresaltada a la una y media de la mañana. Las velas prendidas en el altar de Yemayá se apagaron de momento. Un frío entró por la rendija de la recámara y todo se volvió negro. Amelia recordó haber desobedecido el aviso del espíritu que se le apareció en el baño. Asustada, caminó descalza hasta la ventana. No había una sola luz en la ciudad. Probablemente era un apagón. Se sentó en la cama a esperar y un suspiro rozó su cuello. Volteó, lentamente. Dimitri estaba a su lado.

Vendrá por la niña. Hablaba con ansiedad, tropezando con las palabras, pero el volumen de su voz era bajo. Incluso su aroma era poco perceptible por Amelia. Tienes que llevártela. Lo tenía junto a ella y apenas pudo oler su aliento y tocar sus brazos. Alexandra. Amelia no comprendía lo que estaba escuchando. Creyó que había venido por ella, que había abierto la casa, que era él. Amelia se puso de pie y lo abrazó con fuerza. Estás perdiendo la razón. Me disparé en la cabeza, no lo soporté. Ni siquiera la luna se dejaba ver, pero la habitación no estaba completamente oscura, ella podía verlo a través de la noche. Llévatela, lejos, se enterará de que es mía y la querrá matar. Lo abrazó para consolarlo sin saber lo que sucedía y entrelazó sus manos con las de él. ¿Llevarme a quién? Se llamará Paloma. Ella sucederá y tú tendrás que irte. Amelia besó el rostro de Dimitri y las luces de la ciudad se encendieron. Miró hacia la ventana y cuando volteó, él se había ido.

Al día siguiente Yejide encontró a Amelia tirada en el piso del baño, encharcada en vómito espumoso de color amarillo. Anoche murió Dimitri. Lo sé, Shangó tuvo que llevárselo. Vino a despedirse durante el apagón, juró haberse suicidado. No, su esposa lo mutiló, él no pudo soportarlo. Es mi culpa. Habló de Paloma, ¿por qué yo no la siento? Dijo que tenía que irme.

Meses atrás Yejide había visto a Paloma merodear los rincones de su casa. Ahora encarnaba un cuerpo que se formaba en el vientre de Amelia. Es un regalo de Yemayá, ella no quería que te quedaras sola. La santera sintió una enorme pena, a pesar de las advertencias, Dimitri había muerto. Por la mente de Yejide corrieron las imágenes de la noche anterior, había sido una muerte violenta, incluso la casa olía a sangre y aún escuchaba los gritos en su cabeza. El piso se llenó de manchas rojas que sólo ella podía ver. Miró el rostro deforme de Dimitri, sus piernas escurridas en sangre y un trozo de carne en el piso similar a la moronga fresca que se compra en los mataderos. Alexandra, su esposa, le amputó el miembro. Yejide somatizó el dolor del compositor en los genitales, tuvo que tumbarse para evitar desvanecerse y prender varias velas con el fin de calmar las visiones. Necesita ir a la luz. Habrá que encargarse de las misas.

El día que la santera conoció a Amelia vio en su aura el futuro de la bailarina. Ni las plegarias, ni los endulzamientos la hicieron escapar de su destino. Yo no te hice caso, yo no la amarré. Yejide abrazó a su amiga con el cariño de una madre y su vestido blanco se llenó de lágrimas. Los aparatos eléctricos comenzaron a prenderse, la temperatura bajó. Llévatela lejos, llévatela a Cuba.

Yemayá las quiere en una isla rodeada por el mar, allí podrá protegerlas.

Durante la tarde llovió. Yemayá acompañó el llanto de Amelia y no fue hasta que ella se quedó dormida, que la lluvia cesó. Yejide cubrió el radio de la cama con sal de grano y comenzó a orar. No había logrado salvarla, su muerte también era inminente pero podía decidir sobre el destino de Paloma.

Amelia comenzó a faltar a los ensayos. Aún no estaba decidida a regresar a Cuba. Muchos fueron los años que vivió detenida a una barra, tratando de perfeccionar cada movimiento que su cuerpo se proponía. No había más mundo que el salón de clases y el teatro, pero jamás necesitó de más. Bastaba con que la música tocara alguna fibra de su piel o que la poseyera algún personaje. Traía el movimiento atado a ella como los pájaros traen a sus alas.

No quería irse pero el cuerpo le comenzó a cambiar, al igual que la mente. Los pies no cabían más en las zapatillas, estaban hinchados pero ella los percibió inmensos. Grandes, como los zapatos de un payaso. Son tan grandes que ya no es posible ponerse en puntas. Y lo mismo le pasó cuando comenzaron a crecerle los pezones. Duele, duele tanto que van a explotar. Amelia ya no aguantaba el leotardo apretándole el cuerpo, no quería vestir un corsé. Tenía miedo de hacer saltos y ver sus pechos rebotar como pelotas de goma. La barriga se agrandará y me veré gorda, obesa. Miraba su silueta deformada reflejada en el espejo.

Se volvió indiferente a las instrucciones de los coreógrafos, tenía demasiado sueño como para mantenerse activa, sufría mareos y empezó a distraerse. No quiso hablar con ninguno de sus compañeros sobre la situación. La gente se acercaba a ella, pero Amelia cortésmente se mantenía al margen.

Fue en un ensayo que Dimitri se le apareció, era el príncipe Sigfrido y le rogaba regresar a Cuba. Sostenía su mano, se había metido en el cuerpo de un bailarín

para poder conversar con Amelia. Era la segunda advertencia y quizá la última.

Amelia, asustada, renunció a la compañía y regresó a La Habana. Podía trabajar con el Ballet Nacional, sus cartas eran excepcionales, pero ya no quiso la vida de bailarina. Dimitri se reencarnaba en la música y en el ballet. Dimitri.

Se fue a vivir a El Vedado, con su madre. Los días se hacían largos y aburridos, no había mucho que hacer más que ayudar con las tareas domésticas. A veces Amelia se sentaba en la sala a observar el piano de un cuarto de cola en el departamento. No se atrevía a tocarlo, pero imaginaba a Dimitri sentado en el taburete, interpretando. Una tarde, mientras Amelia miraba hacia el piano, llegó hasta sus oídos la *sinfonía número 3 en re mayor* de Tchaikovsky. Con varios meses de embarazo, rompió en cólera. Él estaba muerto y ella sola. Empujó el piano hasta el balcón y dando de gritos lo lanzó a la calle. El piano quedó hecho pedazos. La gente se reunió alrededor de él. No hubo lesionados.

Estás loca, le dijo su madre. Y entonces lo estuvo. A partir de ese día salía de tarde a sentarse al malecón. Había hombres que se parecían a Dimitri. Uno de ellos tenía su cabello lacio. Otro, el largo de las manos. Había alguno con su estatura y timbre de voz.

Estaba deconstruido en pedazos. Quizá, si los juntaba, él cobraría vida. Unir sus piezas. Era buena idea, y se le ocurrió reunir las poseyendo la fracción del cuerpo que le recordaba a Dimitri. Los hombres, a pesar de su embarazo, se mostraban accesibles. Amelia tenía que hacer poco para llevárselos; mirarlos a los ojos, sonreírles,

incluso ofrecerse directamente. Y disfrutaba esa parte de ellos que deseaba obtener.

Después, con el nacimiento de Paloma y la desaprobación de su madre, bastó poner una tarifa para seguir tomando lo del otro. Muchas noches fue difícil encontrar alguna extremidad, miembro o peculiaridad que se pareciera a la del padre de su hija. Finalmente, las necesidades de su pequeña comenzaron a ser mayores y ya no pudo elegir.

## TERCER ACTO

## Amelia Martí, Bailarina de Balanchine, muere a la edad de 32 años

Por Alfred Marconi

Diciembre 1, 1983

Amelia Martí, bailarina cubana asociada con George Balanchine y ex miembro del New York City Ballet, ha muerto el pasado miércoles 30 de noviembre en La Habana, Cuba.

Amelia fue aclamada por ser una de las pocas representantes americanas en bailar para grandes escenarios del mundo. Se destacó como la favorita en escena al representar al diamante en *Jewels* y la elegía *Danse Macabre*. Los críticos la engrandecieron por su velocidad y dramatización.

Amelia nació en La Habana, Cuba, donde descubrió su gusto por el ballet a la temprana edad de 4 años e inició sus estudios dancísticos con el Ballet Alicia Alonso en 1958. Años más tarde fue invitada a en los Estados Unidos para continuar su formación con Stanley Williams y George Balanchine. En 1967 es contratada para formar parte del Ballet Theatre of New York.

Actuó en numerosos países de Europa y América con el rango de solista y se convirtió en una de las pocas representantes americanas en bailar con el Ballet Bolshoi en el teatro de Moscú en 1976.

Abandona Nueva York en 1977 para regresar a Cuba por motivos personales.

Siempre será recordada como una de las bailarinas más importantes de su época, que en paz descansa.

Paloma se acordó de que su madre guardaba papeles en el horno de la estufa. Ahí fue donde encontró la partitura original de *Danse Macabre* dedicada por Dimitri. Mamá se enamoró de su música. Amelia tenía un oído prodigioso resultado de las largas horas que pasaba escuchando a los clásicos. Cerraba los ojos e imaginaba una coreografía, el cuerpo le bailaba desde adentro.

Mi padre dejaba su esencia en las piezas que componía. Andrés también lo hace. Y captaba la luz desde su estudio. Si quieres saber en dónde te encuentras, mira hacia el cielo y déjate guiar por la luz. Pero el cielo de Nueva York era gris. El aire también te orientará. Así encontró varias veces la estación del metro más cercano.

Paloma miraba las manos de Andrés deslizarse en el lienzo, a veces pintaba al óleo, otras al carbón; pero cualquiera que fuera su técnica, ponía especial cuidado y fruncía el ceño cuando tenía que retocar algún detalle. Yo no sé de arte. Él sabía bastante. La llevó a todas las exposiciones de la ciudad, y le enseñó a apreciar cada pieza. Algún día iremos al Museo del Prado. Paloma, emocionada, sonrió. Madrid, París, Berlín, Estambul, ella iría con él a cualquier lado, incluso a ninguno.

A mí me gusta la música. Mamá se murió cuando era muy niña pero conservé sus acetatos y los aprendí de memoria. Yo no sé de música. Y ella le enseñó a percibirla. Cuando Paloma se fue del departamento, Andrés pintaba escuchando a Mahler.

El amor es libre. Se sintió atraída por la idea; podía quedarse, podía viajar, podía ser lo que quisiera. Mi padre era compositor; mi madre, bailarina. Estaba asustada, la promesa de un futuro con Andrés iba más allá de todo de-

seo. Las primeras veces que sales al escenario el estómago se te hace un nudo, te dan ganas de ir al baño, incluso de vomitar. Tomas el miedo y lo conviertes en danza. Al cabo de unos segundos, cuando el reflector te da de frente, te vuelves gigantesca. Mamá, quiero volverme gigantesca.

Después de recorrer 8,528 kilómetros hasta el departamento de un joven pintor en Buenos Aires, a las 8:00 pm del día jueves primero de diciembre fue entregado un sobre. El artista lo abrió y ahí encontró al menos doscientas fotografías de todas las bailarinas del Ballet de la Ciudad de Nueva York, tal como él solicitó. Fotografía en blanco y negro, de rostro y talle completo. Tomó las imágenes de 50 cuerpos: bailarinas principales, solistas, corifeos, etc.

Se sentó en su restirador a analizar cada una. Por un momento se preguntó si no se había equivocado de compañía, pero había grabado su voz diciéndole *New York City Ballet*. Revisó foto por foto.

Al fin, la imagen deseada apareció. Contempló su cabello: lacio, delgado, escurriéndole por su clavícula derecha. Así la imaginó durante la ausencia. Difícilmente fue capaz de sostener la fotografía y percatarse que ella, o su sonrisa, o el delineador de sus párpados eran tan familiares como la matera que humeaba en la mesa de enfrente. Encendió un cigarrillo.

La esperanza del reencuentro cruzó los Andes. Más allá de una cordillera montañosa, a más de ocho mil kilómetros, ella existía.

Eligió un lienzo con tela de cuatro por tres metros de ancho y lo recargó sobre una de las columnas del departamento. Tomó la fotografía y se sentó a imaginarla.

A esa hora, en el Lincoln Center, Paloma esperaba hacer su primera aparición como la princesa Odette del *Lago de los cisnes*. Crearía el efecto del vuelo de un ave a partir de los omoplatos, los codos y las manos. Inmensa,

recuérdate inmensa. Ojalá esta fuera mi última función. El príncipe Sigfrido siempre será Andrés. Él me dejó ir.

Sigfrido se enamora de Odette en el instante en que la ve, es hermosa y frágil. ¿Por qué el príncipe puede amar esa debilidad contenida del cisne blanco? Mi madre decía que porque son cuentos.

Las bailarinas lucen delicadas, pero en el fondo se necesita fuerza para dar esa imagen. Hay cosas que ella sospecha que debe aprender de las historias que interpreta: Odette se escurre de los brazos del príncipe, ella se escurre de la vida de Andrés. Odette otorga esperanza, Paloma no puede hacerlo. Pero en el tercer acto tendrá una segunda oportunidad, será Odile, el cisne negro. Otra, por fin, una que no me recuerde a mí misma, una que sí conquiste a Andrés.

A kilómetros, en Buenos Aires, el artista contempló la imagen de Paloma y trazó con óleo diluido cada raya de su cuerpo. Y mientras él la evocaba, acarició de nuevo sus pechos y su vientre. Imaginó tomarla por sorpresa y besarla, recorrer con sus dedos cada una de sus líneas, lentamente, como si con una caricia pudiera arremeter contra el tiempo y la distancia. Era suya y no, porque en el momento en el que había encontrado a esa mujer perfecta, todo se desvaneció. Era un cobarde y lo sabía. La dejó a favor del viento, del olvido, y ahora que la ausencia colmaba todos los rincones de su estudio, ahora que las horas iban envejeciendo su rostro y su cuerpo, solo ahora supo que no podría volver a encontrar otra como ella. Sintió miedo al pensar que no volvería a verla.

Paloma soñó despierta con los dedos de Andrés palpando su piel. Y así lo hizo durante todo el segundo acto. Su cuerpo se había acostumbrado a permanecer solitario, a que la necesidad de la carne fuera sustituida por todo aquello que ella pudiese fantasear. Imaginó las manos de Andrés recorrerla toda mientras que de ella emanaba un aroma a mar de madrugada. Arqueos y gemidos tenues como la luz que entró de la calle, desde esa calle que nunca duerme pero que en ese momento se volvió silenciosa.

Andrés, al ver la fotografía supo que la había encontrado; e iría a buscarla. El techo acristalado del estudio permitió que la noche se asomara a contemplar los trazos a carbón que el joven artista hacía del cuerpo de Paloma. Dibujó con precisión cada línea aprendida de memoria; trazó sus curvas, las zapatillas y el vestido que se escurría por su cuerpo. Y mientras él traía a la bailarina a Buenos Aires, la joven a distancia interpretaba la muerte de Odette; ni siquiera opuso resistencia, estaba tan cansada de la soledad en la que vivía, de ese hartazgo de tener y no tener, de levantarse cada mañana a trabajar su cuerpo tras una barra que sostenía no sólo su peso sino sus soledades y su desidia por terminar con todo aquello que la mataba. El cisne no logró romper el hechizo, ¿por qué dejó a Andrés? Un quédate hubiera bastado. Vaslav es el brujo Von Rothbart, sí es él, ahora lo reconoce; no es inmortal, pero cómo maldice cada uno de sus días.

Las zapatillas de punta la lastiman. Cuando se convierte en Odette sus dedos pican el piso como las agujas de la

máquina de coser y las piernas flotan sobre un lago. Los brazos se asemejan a las alas de los pájaros levantando vuelo, pero los cisnes de Tchaikovsky, ¿vuelan o flotan?

Ha terminado la función, Paloma sale del teatro y corre hacia las escaleras del metro, tal vez alcance el último viaje. Ríos de gente se apresuran hacia el andén, Paloma baja los escalones eléctricos y se sumerge en la multitud. Vaslav va tras ella. La fuerza de los cuerpos la empuja a ir en dirección contraria, debe oponer resistencia. Del tren sale un tsunami, Paloma se ve arrastrada y aprovecha el oleaje para ir rumbo a la siguiente estación que se encuentra en otro nivel del subterráneo. Baja las siguientes escaleras eléctricas, a mayor profundidad puede ahogarse y muchos son los cuerpos que la lastiman. Es difícil respirar. Llega al andén, su casa se encuentra a cinco estaciones. Vaslav la encontró. La gente espera. Los policías detienen el río de seres humanos, de entre los túneles se aproxima una luz, se ahogará. El tren se estaciona y las puertas se abren, el mar viene directo hacia ella. En su desesperación, Paloma abraza la imagen de Andrés, el artista que a kilómetros entreteje el deseo de ambos, y lo besa —Andrés— Andrés desaparece con ella.

*Verano en Buenos Aires* es el nombre de la exposición que se inauguró el pasado viernes 5 de marzo en el Museo de Arte Latinoamericano de Buenos Aires. La exhibición de la obra de Andrés Campobello culminó con la presentación de un gran lienzo que se titula *Divina*. Aquí el artista expresa todo lo que descubrió en el mundo de la danza durante el verano que compartió con Paloma Martí.

*Divina* está inspirada en el cuerpo desnudo de una bailarina del *New York City Ballet*. Es un intento solitario por plasmar en su obra a Paloma y regresarla a su vida a través del movimiento. Los recuerdos de las tardes paseando con ella por Buenos Aires, las reminiscencias de su corta relación con una de las intérpretes principales del NYCB y algunas fotografías que él mismo mandó a traer a la compañía, se mezclan para integrar en el lienzo el retrato de la bailarina que desapareció de su vida sin dejar rastro. Un vestido azul celeste, el mismo que ella usó el día que la conoció, se escurre por su cuerpo, zapatillas de punta, las que Paloma detestaba, piernas delgadas donde el esfuerzo de los años que casi la matan son los elementos que evocan los días que compartieron y el alma de la joven.

Los rojos de sus uñas, incluso los azules profundos responden a una necesidad de recrear el mundo interior de la ejecutante. La construcción, organizada por colores que a Paloma le gustaban, formas inspiradas en sus curvas y texturas de su piel, nos muestra la pintura más auténtica de Campobello. Este cuadro será exhibido, gracias a un enorme esfuerzo por encontrarla, en el *Lincoln Center* durante la próxima temporada de invierno.

Las grandes preocupaciones de Campobello giran en torno a ~~volver a verla y no a~~ la luz y el movimiento. El erotismo de Andrés no es más que un recurso ~~desesperado y~~ temático en su exposición, sin darse cuenta de que su principal interés reside en ~~encontrarla a través de~~ la poética de la danza.

TRAS BASTIDORES  
(Ballets en los que se inspiró esta obra)

## La Sonámbula (Ballet en un acto)

Música: Vittorio Rieti, sobre temas de Vincenzo Bellini

Coreografía: George Balanchine.

Realización de la coreografía: Bart Cook y Maria Calegari (USA).

Diseño de decorado y vestuario: Viacheslav Okunev.

Año de producción: 2001.

Solistas:

*Sonámbula* Elena Kulagina (Artista de Honor de Rusia)

*El Poeta* Alexandr Volkov

*La Coqueta* Natalia Mákina

*El Barón* Igor Shesterikov

Pastoral Nadezhda Vasilkova, Yana Manomenova,  
Konstantín Oliunin, Oleg Posokhin

*Danza Oriental Yana Manomenova (Laureado en varios concursos internacionales de Ballet)*, Alexia Lysenko  
*Arlequín*, Ivan Poroshin

El estreno de este ballet tuvo lugar en Nueva York el 27 de febrero de 1946 y corrió a cargo del Ballet Ruso de Montecarlo, con el título "La sombra de la noche". En 1960 Balanchine restauró este ballet con la compañía New York City Ballet ya con el nombre de

“Sonámbula”. Aunque creado hace varias décadas, sigue sorprendiendo la maestría del coreógrafo en alternar de manera inesperada la alegría de los bailes de máscaras con momentos fantásticos y con un trágico final. Argumento: En el divertido baile de máscaras, el Poeta galantea a Coqueta, quien viene acompañada del Barón. En un momento determinado aparece la bellísima Sonámbula, personaje etéreo y fantasmagórico. El Poeta, atraído por ella, intenta despertarla pero no consigue que reaccione. Coqueta, celosa por lo que está pasando, se lo cuenta al Barón quien, enloquecido, mata al Poeta. Sonámbula aparece de nuevo para llevarse el cuerpo del Poeta.

<http://www.ciudaddeladanza.com/bibliodanza/biografias/george-balanchine.html>

## Serenade

Música de Piotr Tchaikovski “Serenata para la orquesta de Cuerda”.

Coreografía: George Balanchine.

Realización de la coreografía: Bart Cook y Maria Calegari (USA).

Diseño: Elena Solovieva. Estreno 2004.

Solistas:

Yara Araptanova

Ekaterina Guschina

Yulia Manjeles

Sergei Mershin

Arthur Shesterikov

La primera representación pública de este ballet fue en Hartford, Connecticut, A very Memorial Theatre, 6 de diciembre de 1934. Fue el primer ballet americano de G. Balanchine y su primera experiencia en el género de ballet sin argumento. “El único argumento del ballet —según el coreógrafo—, es la danza debajo de la luna”.

Al encanto poético y a la profundamente clásica limpieza coreográfica que hacen de Serenata una de las obras maestras del ballet moderno, se añade el interés histórico

de esta primera piedra del gran edificio del ballet americano, fundado precisamente sobre la obra creadora y organizadora de George Balanchine. En su *Complete Stories of the Great Ballets*, el propio coreógrafo ha escrito con admirable sencillez: “Serenada fue mi primer ballet en Estados Unidos. Poco después de mi llegada a América, Lincoln Kirstein, Edward Varburg y yo abrimos en Nueva York la *School of American Ballet*. Entre los cursos establecí una clase nocturna de técnica escénica de la danza... Serenada se ha desarrollado de aquellas lecciones. Me pareció bien hacer bailar a los estudiantes algo nuevo, algo que no hubiesen visto antes. Elegí la *Serenata* de Tchaikovski. La primera noche constaba la clase de diecisiete muchachas y ningún muchacho. Las dispuse en líneas diagonales y decidí comenzar haciéndoles mover solamente los brazos, como por ejercicio. Este era el comienzo de Serenada. En la segunda lección participaron solamente nueve muchachas; en la tercera, seis. Coreografié la música trozo a trozo con los alumnos que tenía a mi disposición en cada momento. Comenzaron a llegar muchachos a las lecciones y los incluí también a ellos. Una vez, mientras todas las muchachas salían corriendo del lugar que utilizábamos como escena, una de ellas cayó y comenzó a llorar. Dije al pianista que continuase y conserve el episodio en el ballet. Otro día llegó tarde a las clases una de las muchachas, y también puse esto en el ballet”.

<http://www.ciudaddeladanza.com/bibliodanza/biografias/george-balanchine.html>

## Joyas

De: Balanchine

Las mujeres aman las joyas, y George Balanchine, el coreógrafo que amaba a las mujeres, ha realizado un ballet que les rinde homenaje.

La idea para este ballet surge tras una visita de Balanchine a la casa del joyero Claude Arpels, en Nueva York, en la que tiene la oportunidad de ver las magníficas piezas de la colección.

A partir de ahí desarrolla tres coreografías sin un argumento concreto, pero unidas por un mismo tema, las piedras preciosas, en las que refleja el estilo de los tres países en los que desarrolló su carrera: Francia, Estados Unidos y Rusia.

Jewels está dividido en tres partes: "Emeralds", con música de Gabriel Fauré, es una evocación de la Francia romántica, con movimientos propios de los ballets del siglo XIX, como Giselle, que componen figuras simétricas, ritmos regulares y elegantes, y brazos etéreos que quieren ser "el arte del movimiento inmóvil". "Rubíes" representa América a través de los ojos de Balanchine influenciado por los musicales de los años 30 y el jazz. Frente a la poesía de "Emeralds" nos ofrece el deseo, la

sensualidad y la provocación, con las posiciones clásicas llevadas al extremo a partir del Capriccio de Stravinski. “Diamants”, está construida sobre los cuatro últimos movimientos de la Sinfonía n° 3 de Tchaikovsky y es una síntesis del arte de Marius Petipa y Lev Ivanov, y en su composición percibimos la grandeza de los ballets imperiales rusos.

Las mujeres aman las joyas, y George Balanchine, el coreógrafo que amaba a las mujeres, ha realizado un ballet que les rinde homenaje. *Jewels* es un tríptico, y cada una de sus ventanas brilla con el fulgor de una piedra preciosa. Perfección física y colores se mezclan con las esencias musicales de Gabriel Fauré, Igor Stravinsky y Piotr Ilich Tchaikovsky.

Las tres ventanas Esmeraldas / Emeralds, Rubies / Rubies y Diamantes / Diamonds, transponen los estilos coreográficos de los tres países donde ha trabajado Balanchine: La primera parte, Esmeraldas, evoca a Francia, cuna de la danza romántica; la segunda, Rubies —que representa a América— lanza un guiño a las girls de las comedias musicales; la tercera, Diamantes, sugiere los fastos del Ballet Imperial de San Petersburgo y el legado clásico que dejó Marius Petipa.

<http://www.ciudaddeladanza.com/bibliodanza/biografias/george-balanchine.html>

## El pájaro de fuego

En 1909 Sergei Diaghilev, director de los Ballets Rusos, le solicitó al músico ruso Igor Stravinsky la primera obra por encargo de su carrera.

La música para un ballet cuyo tema sería un cuento popular basado en una leyenda folklórica rusa conocido como “El Pájaro de Fuego”. El estreno de la obra, como parte de la puesta en escena de Diaghilev, tuvo lugar el 25 de mayo de 1910 en la Ópera de París, con coreografía de Michel Fokin, y resultó un éxito que marcó la presentación de Stravinsky en sociedad.

Hoy forma parte del gran clásico repertorio ruso. Relato coreográfico en dos partes y siete cuadros.

### Argumento

A la caza del pájaro de fuego, el príncipe Iván aguarda por la noche cerca del árbol de manzanas de oro. La hermosa ave aparece y revolotea cerca del árbol mientras el príncipe espera y acecha. Finalmente, Iván atrapa al pájaro de fuego, que le pide clemencia. El príncipe se conmueve, le concede la libertad y la criatura mítica le regala una pluma mágica.

Las trece princesas encantadas llegan al árbol de manzanas de oro sin ver a Iván, quien pasa inadvertido contemplando su hermosura. Las princesas juegan con los frutos de oro mientras el príncipe se enamora de una de ellas. Iván sale de su escondite ante la sorpresa de las princesas y le pide a su elegida que se acerque, tras lo que se inicia una danza de enamorados. De pronto, las princesas se agitan, se despiden y se van precipitadamente, pues está a punto de amanecer. Iván permanece solo y lo encuentran los monstruos guardianes de Kaschei, quienes lo capturan. Llega el malvado semidios y condena a muerte al príncipe Iván, a pesar de las súplicas de las princesas.

Iván recuerda la pluma mágica que tiene en su poder, la saca y el pájaro de fuego aparece. El mítico ser volador encanta a los guardianes de Kaschei y los envuelve en una danza infernal que termina por derrotarlos. El pájaro canta una canción de cuna con la que todos menos Iván son vencidos por el sueño, incluyendo a Kaschei, quien despierta después de un momento. El pájaro de fuego le entrega al príncipe el cofre de acero que contiene el huevo con el alma del malvado semidios. El príncipe toma el huevo y lo destruye, con lo que acaba con la vida de Kaschei.

Los hechizos de Kaschei desaparecen: los doce caballeros petrificados regresan a la vida y las trece doncellas quedan libres del maleficio. Amanece, la alegría los invade a todos y, por fin, Iván y su princesa pueden ser felices.

<http://www.ciudaddeladanza.com/bibliodanza/biografias/george-balanchine.html>

## El lago de los cisnes

### Prólogo

A orillas del Lago, la princesa Odette recoge un día flores junto al lago, cuando aparece el brujo Von Rothbart y la transforma en cisne. Acto I. El Patio del Castillo Se preparan las festividades para celebrar el inicio de la temporada de caza. La reina entra para presentar a su hijo, el príncipe Siegfried, llevando una ballesta. Ella anuncia que prepara un baile para festejar los veintiún años del príncipe y en la fiesta espera que el joven elija a su novia. De improviso, blancos cisnes se deslizan en lo alto y, tomando su ballesta, el príncipe los persigue en la noche. Acto II. Junto al lago, a la luz de la luna descubriendo los cisnes junto a un lago, el príncipe observa con admiración mientras un cisne se acerca y se transforma en una bella joven. La muchacha le cuenta que es la princesa Odette y que el encantamiento de Rothbart sólo puede ser roto por alguien que le jure su amor. De pronto, Rothbart aparece y Siegfried intenta disparar al brujo, pero Odette le explica que si él lo alcanza, nunca podrá romperse el embrujo. Siegfried jura amor eterno a Odette; ella le advierte que si rompe su promesa, ella

permanecerá para siempre siendo un cisne. Al amanecer, Odette regresa al lago y nuevamente se convierte en cisne. Acto III. Salón de baile del castillo. Mientras el príncipe baila, su mente está llena con el recuerdo de Odette. Dos asistentes no invitados, Von Rothbart y su hija Odile, llegan disfrazados. Siegfried está asombrado por el parecido de Odile con su princesa cisne y Rothbart lo obliga a jurar que Odile es la amada que ha escogido. Mientras Rothbart y Odile vuelven a su lugar original, el príncipe se da cuenta que ha sido engañado. Odette y sus damas aparecen mientras Rothbart destruye el castillo. Acto IV. Junto al lago, Odette perdona a Siegfried por su inconsciente traición y los amantes deciden permanecer unidos hasta la muerte. Rothbart, en su ira, levanta una tormenta, pero el amor de Odette y Siegfried demuestra ser más poderoso que su magia. Mientras la pareja se lanza al lago, Rothbart también es destruido.

<http://www.ciudaddeladanza.com/bibliodanza/biografias/george-balanchine.html>

## Romeo y Julieta

El ballet Romeo y Julieta se desarrolla bajo el marco musical de Sergei Prokofiev.

Su primera representación no fue popular, pero después realizó una serie de cambios que hizo que se convirtiera en un verdadero éxito, para que luego sea interpretada por numerosos coreógrafos.

Desde 1935, el escenógrafo Radlov había planeado con Prokofiev la realización escénica del ballet. Sin embargo, hubo que esperar cinco años para su presentación pública, la cual tuvo lugar en Leningrado, el 11 de enero de 1940. Siguiendo su costumbre, Prokofiev resolvió el obstáculo de las presentaciones escénicas componiendo tres suites sinfónicas con música del ballet, las dos primeras en 1935 y la tercera, diez años más tarde. Las primeras dos suites se estrenaron en Moscú y Leningrado, en 1935 y 1937, respectivamente. De todas, la segunda Suite es la más popular.

Existen varias versiones como las creadas por los bailarines y corógrafos Anthony Tudor, Frederick Ashton, Rudy Van Dantzig, Oleg Vinogradov, John Neumeier, Maurice Bejart, Heinz Spoerli, Rudolph Nureyev.

[www.danzaballet.com](http://www.danzaballet.com)

## Índice

Introducción .....	15
Primer acto .....	19
Segundo acto .....	69
Tercer acto .....	109
Tras bastidores .....	121

*Divina en lo inestable*  
Laura Martínez-Lara

Este libro se terminó de imprimir el 31 de agosto  
de 2016, se utilizó la fuente Bell MT.

Se empleó papel cultural.

Su tiraje fue de 500 ejemplares.

Impreso en Prograf, S.A. de C.V.  
12 y 13 Hidalgo #547, Zona Centro  
Ciudad Victoria, Tamaulipas 87000 México  
Tel. 834 318 49 00